

LA REBELIÓN DE LOS MUERTOS

ROY ROWAN

La rebelión de Los muertos

ROY ROWAN

La rebelión de Los muertos

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51—53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 17.022 — 1967

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 — BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre, ataviado con un traje térmico especial, capaz de mantener en su interior una temperatura media de dieciocho grados centígrados, cuando en el exterior era de doscientos bajo cero, avanzaba por un camino excavado en la ladera de la montaña.

Andaba despacio, con la cabeza inclinada hacia la derecha, y observando con expresión aburrida el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Había visto aquello centenares de veces y siempre lo mismo...

¡Las mismas caras, las mismas miradas!

A aquel científico no le extrañaba en absoluto la escena que a cualquier otra persona hubiese hecho estremecer hasta lo indecible.

Estaba habituado a ello. Era su trabajo, y cada día, a la misma hora, hacía aquel recorrido de inspección. Le reconfortaba pensar que bajo él, a unos cincuenta metros y en la misma ladera, otro hombre vestido idénticamente imitaba sus actos.

¡Ver las caras retorcidas de mil muertos en vida no era nada agradable, por cierto!

Allí había de todo..., de todo lo malo que uno puede llegar a imaginar y muchísimo más.

Ojos saltones, delirantes, abiertos y mirando fijamente como si tuviesen vida; labios contraídos en horribles muecas que desfiguraban sus rostros hasta aparentar máscaras fantasmagóricas.

Era como una pesadilla horripilante, la cual estaban obligados a presenciar cada día los doscientos técnicos y científicos, cuando les correspondía hacer la ronda de inspección.

El hombre los miró uno a uno, comprobando su buen estado físico; que la piel no tomase un color amarillento producido por la putrefacción de sus cuerpos.

¡Diez mil humanos, con las mentes perturbadas, a los que la ciencia había confiado en el asteroide Vicyañ en espera de su pronta curación!

¡Algo que debía curar las extrañas enfermedades de sus cerebros para devolverlos a la sociedad completamente sanos y sin que representasen un peligro para nadie!

La ciencia había adelantado enormemente. Las enfermedades se

curaban empleando mil medios diferentes, pero el cerebro seguía siendo todavía un misterio insondado por el hombre.

Aquellos diez mil dementes constituían un peligro. Algunos eran inofensivos, aunque sus cuerpos carecían de la razón.

Allí se conservaban en perfecto estado físico. Un día, nadie sabía cuándo, se descubriría algo positivo y entonces las personas recluidas en la cárcel de hielo sanarían.

El asteroide Vicyañ estaba situado entre los planetas Neptuno y Plutón y era…

¡Un cementerio para vivos!

El científico acabó su recorrido y luego dio media vuelta.

Todo a su alrededor eran gigantescos montones de hielo, el propio picacho por el que avanzaba era como un iceberg situado en tierra firme.

El punto más frío del asteroide.

A su alrededor estaban, incrustados en cápsulas de material plástico, los diez mil cuerpos. Unos trajes holgados, como túnicas, los cubrían de pies a cabeza.

Algunos llevaban allí más de cincuenta años, manteniéndose en su primitivo estado.

El hombre caminó más rápidamente y alcanzó lo que parecía mía cúpula transparente. Penetró en ella por un orificio y después lo cerró a su espalda. Inmediatamente, la nieve que había bajo sus pies descendió hacia las entrañas del asteroide y la superficie desapareció de su vista.

A los cinco segundos descendió de aquel extraño ascensor, el cual volvió a subir a la superficie; ahora, el hombre caminó por un pasillo.

Sentía calor dentro del traje especial, por lo que desconectó el sistema de calefacción.

Penetró en una estancia de regulares dimensiones, en la que nueve hombres más se estaban despojando de los trajes, que fueron dejando sobre unas literas dobles y que debían ser sus lechos.

—Hola, Marty — dijo uno de los hombres, saludando al recién llegado.

—Hola, Walkers…

—¿Ha revivido alguno en tu zona?

—¡Diablos, no seas bromista! — se alteró el llamado Marty.

Sólo de pensar que alguna de aquellas personas pudiera volver a la vida le hacía estremecer.

—¿Por qué? Un día u otro inventarán algo que les cure y serán como nosotros..., o mejores...

—Eso no te lo discuto, pero ya sabes que ahí hay de todo: asesinos, ladrones, viciosos, pirómanos y un sinfín de cosas más que ni siquiera me atrevo a pensar.

«Ya sé que también existen personas inofensivas, pero piensa tú lo que tardarían en sucumbir rodeados por unos miles de asesinos.

Walkers tragó saliva.

—Está bien, no hablemos más del asunto.

—¿Acaso te desagrada?

—Sí, es cierto... Reconozco que mis bromas no son de buen gusto... Y, sin embargo, son bromas y nada más.

Los dos hombres sonrieron.

¡Indudablemente, aquel trabajo podía ser lo más tranquilo del mundo, pero también de lo más peligroso si algo fallaba!

Aunque allí no podía fallar nada...

El procedimiento de congelación era natural y el asteroide seguía su enorme órbita alrededor del sol. Además, algunas bases de seguridad los vigilaban—desde otros planetas.

No, no había peligro en absoluto.

Los temores, incertidumbres, todo era producto de la soledad. Dos años allí era demasiado tiempo.

—¿Vamos? —invitó Walkers.

Los otros asintieron y los diez hombres salieron de la estancia en dirección a los comedores de la base, donde repondrían energías para emprender una nueva jornada.

En aquellos instantes, se olvidaban de las caras, de las muecas y de las manos apretadas nerviosamente de los diez mil dementes.

Comerían, hablarían y evocarían recuerdos y pasajes felices.

¿Qué más podían hacer?

* * *

El largo tablero metálico, plagado de luces y mandos, estaba atendido por una docena de hombres que los observaban atentamente, sin el menor descuido.

Era el 14.º Punto de Seguridad Interestelar.

Desde aquel lugar se seguían los pasos y rotaciones de todos los cuerpos del espacio, comprobándose su exactitud por medio de calculadoras electrónicas.

Instalado en Urano, era uno de los más modernos del Cosmos.

De repente, uno de los hombres que atendían la alargada máquina se puso en pie, al mismo tiempo que la piel de su rostro se volvía blanca como las ropas que vestía.

Se dirigió a los instrumentos de doble seguridad y el resultado de éstos le hicieron palidecer aún más.

¡No había equivocación posible!

¡El asteroide Vicyañ se desviaba de su órbita!

Rápidamente, sin atender a las miradas intrigantes que le dirigían sus compañeros, se encaminó a la carrera hacia el despacho del jefe de departamento.

Las puertas eran transparentes desde el interior, por lo que el ocupante de la habitación podía ver a sus Visitas, ahorrándose la clásica y anticuada llamada para entrar.

La puerta se abrió y el alarmado individuo penetró en tromba, olvidándose del saludo.

— Profesor.¡ocurre algo muy sorprendente! — exclamó.

Un hombre canoso y entrado en años se levantó de su asiento y le salió al encuentro.

—¿De qué se trata?

—¡El asteroide Vicyañ, señor!

—¿Qué sucede en ese hielo volante? —replicó el llamado profesor, también intrigado.

—¡Varía de órbita!

—¿Qué…?

—Lo que ha oído, señor.

—¿Y hacia dónde se dirige ahora?

—Se aproxima al Sol.

El recién llegado parecía haberse calmado un tanto y ya explicaba la gravedad de la nueva situación con más sosiego.

—¡Es inaudito!

El anciano se aferró a la mesa. Su respiración se alteró visiblemente y pareció que se mareaba.

—Las calculadoras no pueden equivocarse.

—¿Ha variado mucho su órbita?

—Bastante.

—Eso significa que se estrellará en Plutón, ¿no es así?

—No, señor. El planeta Plutón se aleja en estos instantes a una velocidad alucinante, en dirección al lado opuesto del espacio.

—Entonces, ¿cuáles pueden ser las causas?

El hombre meditó unos segundos la pregunta de su superior y, al poco, contestó:

—Plutón, a su paso cerca del asteroide Vicyañ, lo ha atraído demasiado, obligándole a salirse de su órbita normal.

—¿Supone eso un descentramiento de todo el sistema planetario?

—No lo creo, señor… Pero…

—¿Qué?

—Vicyañ se acercará al Sol y el hielo se derretirá. Ya puede imaginarse lo que eso significa.

El profesor abatió la cabeza en señal de que había comprendido sus palabras y fue hacia él con vacilantes pasos.

¡Estaban al borde de una de las mayores catástrofes que haya sufrido la humanidad a lo largo de su historia!

—Algo…, ¡hay que hacer algo! —balbuceó.

—¿Quiere que comprobemos los datos, señor?

—Sí, será lo más conveniente…

El que había traído la noticia se dispuso a dar media vuelta y emprender el camino de regreso.

—Espere, iré con usted…

Los dos hombres salieron de la habitación y se dirigieron al tablero de mandos de seguridad.

Allí estaban los demás técnicos cuchicheando entre sí y mirando con ojos muy abiertos los datos que facilitaban las máquinas y los satélites artificiales que vagaban constantemente por el espacio en misión de vigilancia del Sistema.

El primero en saber la noticia se acomodó en su asiento de nuevo y manipuló en los instrumentos.

¡Su rostro fue adquiriendo un tono ceniciento!

¡Ya no había duda alguna! ¡Eran varios los observadores mecánicos que habían descubierto aquella anomalía y la comunicaban insistentemente al 14.º Punto de Seguridad Interestelar!

Un sudor frío empezó a bañar sus cuerpos.

¡Vicyañ se acercaba rápidamente al Sol!

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó el anciano.

—Un par de días a lo sumo.

—Hay que avisar a la Tierra con toda urgencia.

—Sí, señor.

—Espero que allí sepan cómo solucionarlo.

—Es imposible, señor —intervino otro de los presentes. Y añadió —: Aunque mandasen astronaves adecuadas para el transporte de esos dementes muertos en vida, el viaje les llevaría casi una semana.

—¡Y para entonces ya habrán recobrado todos la vida! —gritó uno.

El jefe de aquel punto de seguridad se pasó la mano por la frente, que chorreaba sudor por la transpiración, y suspiró profundamente.

—Sí, lo sé.

—Comunicación con la Tierra, señor — dijo el primero.

El hombre miró hacia el frente en el preciso instante en que se encendía un rectángulo en la pared metálica y la imagen de un hombre surgía en ella.

—Aquí Tierra, escuchando por onda de emergencia.

La voz perdía sus matices personales al cruzar tantos miles de millones de kilómetros por el espacio y sonaba fría, metálica.

—Punto 14.° de Seguridad Interestelar llamando.

—¿Qué sucede?

—El asteroide Vicyañ se desvía de su órbita, acercándose al Sol rápidamente.

Desde Urano podían ver unas grabadoras que recogían el mensaje, así como unas máquinas filmado—ras tomando la imagen del que hablaba.

En pocas palabras, el anciano comunicó la gravedad de la situación y el tiempo que calculaba él que tardaría en derretirse el hielo del asteroide.

Luego, la comunicación se cortó y un silencio espeso cundió entre los hombres que se hallaban frente a los instrumentos de seguridad planetaria y que habían captado aquella anomalía.

—Que Dios nos ampare — murmuró el anciano.

—¿Qué puede suceder? —inquirió uno.

—Es muy difícil de prever... Vicyañ es un asteroide muy pequeño, de manera que no podrá hacer bambolear a nuestro sistema.

—¿Cree que se estrelle contra algún planeta?

—Es posible…

—¡Sería un desastre!

—Es conveniente que lo comprobemos — añadió el anciano.

Los hombres ya no le preguntaron más. Todos se dedicaron rápidamente a comprobar si, en su acercamiento al Sol, podría chocar contra alguno de los planetas mayores, tales como Urano, Saturno, Júpiter, Marte, Tierra, Venus y Mercurio…

¡Incluso podía estrellarse en el Sol!

Durante más de diez minutos, hombres y máquinas trabajaron afanosamente por llegar a una conclusión.

Luego, ante la intrigante mirada del anciano profesor, uno de ellos se levantó y dijo:

—Según mis cálculos, no rozará planeta alguno, pero se acercará demasiado al Sol y entonces estallará al recibir un exceso de calor. Un poco antes de ello, después que el hielo se haya fundido, el asteroide se convertirá en un mar hirviente, como un depósito de agua en plena ebullición, lo que provocará grandes perturbaciones en la atmósfera de la Tierra y otros planetas.

—¿Están ustedes de acuerdo? —preguntó el profesor a los demás técnicos.

Todos asintieron en señal de aprobación en todo lo que había dicho su compañero.

¡No había lugar a dudas!

—No será un grave problema para el sistema, pero los miles de personas que «mueren» en ese asteroide sucumbirán definitivamente…

¡Y revivirán a tiempo de ver la horrible muerte que les espera!

—Esperemos que puedan sacarlos de allí antes de que ello ocurra — manifestó uno de los presentes.

—Sí, sólo cabe esperar eso.

—No debieron confinarlos en esa cárcel de hielo — dijo otro.

—Yo creo que sí. Éste es un accidente que la ciencia no podía imaginar ni por lo más remoto. A partir de ahora, habrá que tener cuidado con los asteroides de poco tamaño y fáciles de ser arrastrados por la atracción de otros planetas mucho mayores.

«De todas formas, es horrible pensar que mujeres y hombres que llevan decenas de años en Vicyañ recobrarán la vida y morirán

pensando que el mundo, la humanidad, les ha condenado a esa muerte.

Y era cierto…

¿Quién iba a decirles que llevaban allí tantos años?

¿Cuáles serían sus reacciones? ¿Pensarían que todo aquello eran meras alucinaciones?

No había que olvidar que, para ellos, todo seguiría normalmente. A ninguno les fue comunicado que iba a ser llevado a aquel punto de espacio ya que era prácticamente imposible hacerlo.

Eran mentes enfermas, que no razonaban debidamente.

¡Iban a tener una muerte que, a la mayoría de ellos, les parecería una pesadilla, un infierno del que no lograrían salvarse!

El jefe del punto de observación carraspeó y dijo:

—Sigan observando el rumbo del asteroide y manténganme en constante comunicación con todo cuanto suceda.

—Así se hará, señor.

* * *

En el asteroide la vida seguía desarrollándose con normalidad. Los científicos seguían revisando las hileras de «muertos» como si nada sucediese, pues ignoraban la terrible realidad de lo que sucedía.

Hasta que dentro de lo que ellos llamaban el «submarino» y que constituía su refugio y lugar de residencia, un técnico, al mirar los indicadores de temperatura, recibió la mayor sorpresa de su vida.

Luego, corrió a ver al jefe del equipo residente en el asteroide.

—Señor Knight, la temperatura ha subido siete grados.

—¿Siete?

—En efecto, señor.

El interpelado era joven y dotado de una gran inteligencia. Resultaba poco fácil de impresionar y la visión de enfermos o dementes asesinos no le afectaba lo más mínimo; pero el que estuviesen a ciento ochenta y tres grados solamente le hizo parpadear asombrado.

—¿Está seguro?

—Segurísimo… ¡Lo he visto con mis propios ojos!

De repente se encendió una lucecita en una pared lateral. El llamado Knight se apresuró a pulsar un botón de la mesa, con lo que

se iluminó una pantalla de televisión.

Un hombre apareció en la pantalla. Vestía un uniforme plateado y los dos científicos lo reconocieron como el coronel Eaton, jefe de la Policía Espacial.

Se alarmaron más aún.

—Profesor Knight, soy el coronel Eaton.

—Sí, ya lo he reconocido —replicó éste.

—Lamento tener que darle una mala noticia, pero el asteroide debe ser abandonado cuanto antes.

—¿Por qué, coronel?

—Su órbita alrededor del Sol se cierra paulatinamente y ello significa un notable ascenso de la temperatura.

—Lo hemos notado hace unos momentos.

—Entonces, será cuestión de que se mantengan en alerta y estén preparados para reembarcar a los sujetos más peligrosos. Toda nuestra flota de astronaves está siendo acondicionada para el transporte de esas personas, pero nos llevará algún tiempo.

—¿Cuánto? —apremió Knight, visiblemente consternado.

—Resulta imposible de precisar. Tenemos las cuatro naves que efectúan los viajes normales hasta su asteroide y que ya van en camino hacia ahí…

—¡Son muy pocas!

—Lo sé, Knight; aunque de momento no podemos hacer otra cosa.

—¿Y a dónde los llevarán?

—Ya se está construyendo una cámara gigante en Neptuno, pero tardará algún tiempo. Escuche, Knight: no quiero que pierda la calma y que vigile bien a esa «gente»… Se hará todo lo posible para sacarlos de ahí.

¡Cuando la Policía Espacial hablaba así era porque la situación era sumamente grave!

Con vertiginosa rapidez se imaginó lo que sucedería si no conseguían sacar a los enfermos mentales del asteroide.

—Le tendré al corriente, Knight — dijo el coronel.

Y, al momento, cortó la comunicación.

El jefe de aquella cárcel de hielo se volvió hacia el hombre que había junto a él. Notaba un terrible peso en su estómago, sensación inequívoca de angustia.

—Que salga todo el personal y vigile a los «enfermos» — susurró con un hilo de voz.

CAPÍTULO II

Keir Wallack era el capitán de la primera astronave que se dirigía hacia Vicyañ. A sus órdenes tenía una tripulación compuesta por seis hombres, los cuales formaban uno de los mejores equipos espaciales.

Pertenecían a una empresa de transportes que tenía cuatro astronaves gigantescas, dotadas de cámaras frigoríficas especiales y que eran empleadas para trasladar desde la Tierra o cualquier planeta hasta el asteroide de hielo a las personas que tuviesen perturbadas sus facultades mentales.

Ahora, Keir Wallack estaba extrañado. La llamada había sido demasiado urgente y la orden, tajante: dirigirse a toda velocidad a Vicyañ y embarcar cuantos enfermos pudiesen.

—Capitán —dijo uno de los tripulantes, acercándose a él—, hemos captado la presencia de tres astronaves más que siguen nuestra misma dirección hacia el asteroide.

—Bien, Conte, deben de ser las otras tres. ¿Habéis establecido comunicación con ellos?

—No, capitán.

—Da lo mismo. Nos encontraremos en nuestro destino.

Wallack era joven, de unos veintiocho años. Su característica más sobresaliente estribaba en ser un fiel cumplidor de las órdenes. Siempre decía que si alguien se equivocaba, sería el que lo había ordenado.

Él se marcaba una línea y jamás se apartaba de ella, ni dejaba que lo hiciese su tripulación.

Russ Sargent, el tripulante que hablaba con él, estuvo a punto de decirle que no le gustaba aquella misión pero se calló porque ya se imaginaba la respuesta:

¡Órdenes eran órdenes!

Así, que se limitó a preguntar:

—¿Desea algo, capitán?

—No, Sargent; gracias.

El tripulante se alejó hacia la parte posterior de la nave, y Wallack quedó en la cabina de mando, en compañía del copiloto Max Kruger.

Seis horas más tarde alcanzaban el punto en que debería estar el

asteroide Vicyañ… ¡Pero no se encontraba allí!

Wallack y sus hombres se quedaron perplejos. A través de las mirillas de la nave podían distinguir un puntito negro en el espacio. Al principio, creyeron que las máquinas calculadoras se habían estropeado, pero luego confirmaron la nueva posición del asteroide y se dirigieron hacia él.

El capitán sólo pudo decir:

—¡Es lo más sorprendente que he visto en mi vida!

* * *

Al poco rato habían cubierto la distancia que les separaba del asteroide y descendían en su suelo helado. Knight y varios doctores y científicos salieron al encuentro.

Wallack fue el primero en abrir la escotilla y salir.

—Bien venidos al asteroide —dijo Knight, esforzándose en aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir.

—Hola, profesor… ¿Qué ha sucedido para que variasen de órbita?

Hizo la pregunta, porque era lo que más le llamaba la atención en aquél asunto.

—El asteroide se acerca al Sol, capitán…

—Pero…

—Sí, por eso se han cuidado de hacerle venir tan rápidamente. Hay que sacar a mis enfermos de aquí.

—¿Nosotros solos?

Knight hizo un gesto ambiguo con los hombros.

—La Policía Espacial ha prometido prestarnos toda su ayuda. Se está construyendo un nuevo hospital de hielo en Neptuno y cabe esperar que nos dé tiempo para todo…

—¿Lo cree usted así?

Knight suspiró.

—Nos conocemos desde que fui destinado aquí, Wallack; y es más que suficiente para saber que no debemos andarnos con rodeos inútiles.

—Tiene razón — asintió el oficial.

—Mire, Keir; yo no confío en la Policía Espacial… Bueno, sé que harán todo lo que puedan, pero no será suficiente. Si no logramos sacarlos a todos en un par de días, esta gente tendrá la muerte más horrible que nadie haya podido imaginar.

—Hay algunos que no merecen otra cosa.

—Lo sé... Sin embargo, es la minoría... ¡Hay miles de personas inmejorables, que podían haber vivido el resto de sus vidas en paz, aunque inconscientes, y nosotros los hemos traído aquí...!

»Si algo sale mal yo me consideraré culpable, Wallack.

—Bah, todo saldrá bien.

El profesor denegó con la cabeza.

¡Los dos sabían que aquello era muy peligroso!

—No, Keir; la temperatura asciende más rápidamente de lo que habíamos previsto.

—Entonces, manos a la obra —dijo el capitán.

Su interlocutor sonrió complacido de tener allí a un hombre de acción, y ambos se dirigieron hacia las dependencias centrales del «submarino».

Iban provistos de trajes especiales para soportar aquel terrible frío, aunque proporcionaban la suficiente libertad de movimientos como para poder correr.

Un grupo de unos cincuenta hombres les salió al encuentro. Entre cada dos de ellos llevaban a uno de los «enfermos» en lo que se parecía bastante a una camilla.

Keir Wallack y Jack Knight se dirigieron hacia la elevación de hielo donde trabajaba el resto de los hombres destinados en Vicyañ y se dispusieron a tomar una camilla y colocar sobre ella a uno de los cuerpos.

¡Cadáveres que debían salvarse!

El capitán ya había dado las órdenes oportunas y sus hombres se encargarían de instalar a los «pasajeros» en la astronave.

Sólo media docena de hombres quedaron en el «submarino» para atender los controles y mantener la comunicación con la Policía Espacial y el planeta Tierra.

Podían cargar a doscientos enfermos y en cinco horas ir y volver a Neptuno, más una hora para la carga y descarga del material humano.

¡Y contando con que la Policía Espacial hubiese preparado ya el lugar adecuado donde instalarlos!

Wallack observó la hilera de personas que, a simple vista, simulaban estar dormidas y que permanecían envueltas en la cápsula de plástico transparente.

De algunos de estos recintos individuales colgaban unas cintas y, en los extremos, unos pequeños carteles que indicaban el nombre de la persona, su enfermedad y el día en que fue traída al asteroide.

—Éste —indicó Knight, después de haber revisado unos cuantos de aquellos letreros.

—¿Los seleccionan?

—Sí. Hemos de sacar primero a los más peligrosos.

—¿Psicópatas asesinos?

—Más o menos. Sacaremos los de este lado. Los de la banda opuesta nos costaría mucho más.

—De acuerdo. Procuremos cargar mi nave antes de que lleguen las tres restantes; así formaremos una cadena y ninguna tendrá que estar parada o esperando.

—Bien, capitán.

Wallack se fijó en el hombre que en aquellos momentos estaban colocando en la camilla. Era alto, hercúleo. Tenía los ojos cerrados, pero los dedos de las manos se entrelazaban entre sí con fuerza.

—¿Y éste?

—Incendiario. Provocó un incendio en Inglaterra que costó la vida de treinta personas.

—¡Diablos, vaya angelito!

Una vez cargado, los dos hombres se pusieron en movimiento y avanzaron hacia la astronave. Los demás iban y venían como si se tratara de un hormiguero humano.

Dentro de los trajes especiales hacía calor, debido al esfuerzo que estaban realizando.

Cuando llegaron a la astronave, vieron que ya habían más de cien enfermos debidamente acondicionados en las bodegas. Las paredes eran de acero, pero las empañaba una fina capa de hielo.

Los hombres de Wallack se afanaban en ir colocándolos todo lo rápidamente que podían, mientras los hombres del asteroide iban y venían con una actividad inusitada.

Todos eran conscientes del peligro que estaban corriendo. Ellos disponían de más tiempo para sobrevivir en el diminuto planeta, pero, con los dementes sueltos, no durarían mucho tiempo.

A los pocos minutos, en el momento en que cerraban las compuertas de la nave, la segunda se posaba en el asteroide de hielo.

—Hasta pronto, Knight — dijo el joven.

—Gracias por su ayuda. El ritmo que seguimos es inmejorable. Quizá todo sea producto de nuestro pesimismo.

—Seguro…

Los dos hombres se saludaron y a continuación el capitán del vehículo espacial subió a él.

Antes de penetrar en la cabina de mando, ya vio al personal del asteroide que empezaba a llevar cuerpos a la otra astronave.

El trabajo no podía ser más rápido. De ello no había duda. Pero…

¡Habían demasiados inconvenientes!

* * *

Al llegar a Neptuno encontraron a una verdadera legión de trabajadores que ya le esperaba para efectuar la descarga. Allí, la temperatura era inferior a los doscientos grados bajo cero y no había peligro de que los enfermos volviesen a la vida.

Keir Wallack descendió para observar los trabajos que se efectuaban en el cosmopuerto y vio que eran realmente fantásticos.

Ni siquiera habló con el jefe de allí.

Consciente del peligro que corrían Knight, sus hombres y los «muertos» del asteroide, ayudó en la descarga, depositando los cuerpos en el suelo del astro—puerto y dejando que los hombres del planeta los acomodasen.

Luego, emprendieron el camino de regreso haciendo funcionar los cohetes de propulsión a toda su potencia.

A los tripulantes se les hicieron muy largas las cinco horas y quince minutos del trayecto.

Keir había hecho cálculos y sabía que, en el plazo de dos días, él podía hacer diez viajes, lo que suponía dos mil personas depositadas en el suelo de Neptuno.

Y otras tantas de las demás astronaves: otro mil.

¡Quedaban dos mil más y los técnicos del asteroide!

A los últimos habría que sacarlos vivos seguramente, lo que significaba un riesgo enorme.

* * *

Derrengados, caminando por pura rutina, los hombres que

durante tanto tiempo habían estado vigilando a aquellos miles de muertos en vida estaban al borde del agotamiento físico.

Jack Knight no cesaba de animarlos diciéndoles que ya faltaba poco para lograr el éxito.

¡Cincuenta horas de trabajo continuo eran demasiadas para unos hombres no acostumbrados al esfuerzo físico!

Y, sin embargo, había que continuar luchando sin tregua.

¡La temperatura era de ciento treinta grados bajo cero! ¡Había rebasado el límite de seguridad y, en cualquier momento, los «muertos» podían volver a la vida!

Knight no sentía nada; todo su afán consistía en llevar cuerpos hasta el lugar donde se posaban las astronaves y cargarlos en ellas.

Hasta había olvidado la cuenta de los que habían sacado ya.

Algunos de sus hombres empezaban a caer exhaustos y tenían que llevarlos al «submarino», entorpeciendo así la labor de los que todavía seguían resistiendo.

Keir Wallack llegó en su último viaje. También ellos estaban agotados, pero algunos de sus hombres podían dormir durante los viajes, aunque él seguía sin hacerlo.

En cuanto descendió sobre el asteroide, comprobó que la situación había llegado a su límite.

Bastaba mirar a los hombres que caminaban tambaleándose, para saber que no resistirían mucho tiempo.

¡Y las astronaves de la Policía Espacial seguían sin llegar!

Wallack corrió hacia la elevación de hielo en busca de Knight y lo encontró aferrado a la cápsula de un enfermo para depositarla luego sobre una camilla, pero con movimientos tan lentos que su maniobra parecía interminable.

— Knight, soy Wallack.

El capitán tuvo que tomar al científico por el traje especial y colocarse ante él.

—Sí…, ya le veo.

—Vamos, no pueden fallar ahora que estamos a punto de conseguirlo —Keir trató de darle nuevos ánimos.

—Estamos agotados, capitán.

—Bah, déjeme que le ayude…

El otro ni siquiera contestó, limitándose a tomar la camilla por un lado y andar detrás del cosmonauta hacia la nave.

¡Y no se acordó más del hombre que había venido con él y que, en aquel preciso instante, yacía de bruces en el suelo, completamente inmóvil!

No corría riesgo de perecer porque el traje tenía una temperatura ideal en su interior.

Sin embargo…

¡Aquel asteroide podía convertirse en un féretro común!

¡Para enfermos y sanos!

En esta ocasión, el cargar la nave les llevó media hora más de lo previsto, pues quedaban muy pocos hombres útiles para el trabajo.

Knight ordenó despertarlos a todos y que caminasen por sus propios medios hacia el vehículo de Wallack. Éste, a su vez, había mandado a su tripulación que instalase a los científicos en los lugares vacíos y donde no fuesen un estorbo o redujesen el espacio libre para los enfermos.

Las órdenes eran cumplidas al pie de la letra.

—Mire, Knight, ahí llega otra cosmonave.

El aludido levantó la cabeza y comprobó que Wallack tenía razón.

—¿Que podemos hacer ahora, capitán?

—Yo no soy el jefe del asteroide, Jack.

—Sé que la responsabilidad es mía, Wallack; pero de verdad le digo que necesito su consejo.

—Me pone usted en un aprieto…

—Nos quedan dos mil personas a las que no podemos dejar que mueran por una equivocación nuestra.

—Fue algo que nadie podía prever.

Keir comprendía el esfuerzo sobrehumano que estaba haciendo aquel hombre. Y también que su moral había descendido notablemente.

—Si los hubiéramos dejado en sus casas, hubiesen vivido, Wallack; al traerlos aquí, los hemos condenado a muerte.

—¿Qué puede ocurrir cuando el frío sea insuficiente para mantenerlos en su estado? —preguntó el cosmonauta, todavía manteniendo algunas esperanzas en él.

—Algunos recobrarán el sentido y, muy posiblemente, saldrán de sus cápsulas.

—¿Y los otros?

—Morirán de frío... ¡O sus cerebros no lograrán comprender dónde se encuentran y... ¡Será horrible, Wallack!

—¡Pero ha de haber otra solución!

—No la hay. Aunque lográsemos descongelarlos y proporcionarles ropas adecuadas para soportar el frío, los hielos se fundirían y entonces todos pereceríamos ahogados.

Wallack sintió un estremecimiento en su espina dorsal.

¡La verdad no podía ser más inapelablemente trágica!

—Y existe otro peligro... —continuó el científico.

—¿Cuál?

—Los que sobrevivan al frío se convertirán en personas atenazadas por el odio... ¡Sólo pensarán en matar!

—Es incomprensible.

—La mente humana es así, Keir. Esas personas volverán a la vida. Serán pocos, de acuerdo; pero verán la muerte que van a recibir y nos creerán culpables.

Knight denegó con la cabeza, abatido por completo física y moralmente. Las palabras de su interlocutor le parecían sueños irrealizables.

—¿Por qué no hacemos una cosa?

—Es inútil — murmuró.

—Ya veo que sus hombres están agotados. Le propongo que mi nave no salga..., ni ninguna de las que vayan llegando.

—¿Y qué piensa lograr con ello?

—Las tripulaciones pueden ir cargando enfermos. Sé que somos muy pocos, pero algo se podrá conseguir.

—No podremos sacarlos a todos.

—¡Todos los que podamos!

—No sé... ¿Y los otros?

—¡Ya veremos, Knight!

—No puedo hacerlo. En estos momentos la temperatura debe estar acercándose a los cien grados solamente.

—¡Entonces no hay tiempo que perder!

El científico no se movió. Estaba destrozado, conmocionado por lo que imaginaba su mente.

¡Personas desquiciadas que se matarían entre sí al ver que las nieves y el hielo se fundían formando fríos lagos que, a las pocas horas, serían rugientes mares!

Wallack, por el contrario, no estaba dispuesto a darse por vencido y su propósito era luchar hasta el fin.

Se dirigió rápidamente al encuentro de su tripulación, mientras una astronave se posaba en el suelo helado del asteroide.

¡Tenían el tiempo muy justo si proyectaban hacer algo positivo!

CAPÍTULO III

Basyl Huggams creyó sentir algo...

Hacía frío, mucho frío.

Sus ojos se abrieron poco a poco y observaron la escena que tenían delante:

Primero fueron sombras borrosas; luego pudo observar que todo era blanco, casi transparente.

De pronto vio unas sombras oscuras y esta visión le obligó a cerrar los párpados.

¡A Basyl no le gustaban los colores oscuros!

Desde niño... Sí, desde que Tommy, su amigo de colegio, se puso aquellas telas casi negras...

¡Pobre Tommy!

Pero ¿que culpa tuvo él si al pequeño Tommy se le ocurrió la estúpida idea de que podía cruzar el pantano como si éste tuviera un suelo firme y su cuerpo no pesara en absoluto?

¡Pobre Tommy!...

Todavía recordaba las burbujas en las cenagosas aguas ¡al poco rato de que él le empujara!

La cuestión fue que Tommy ya no volvió a llevar aquellas ropas que a él le molestaban. Murió y lo enterraron en un ataúd blanco.

¡Qué ataúd tan bonito!

Basyl hizo una mueca de desagrado. Porque a Tommy le siguieron dos o tres más. Pero ellos se lo buscaron... Nadie más que ellos, al ponerse cosas negras.

¡Bah!, ¿qué importaba todo?

Lo malo... Ahora lo recordaba perfectamente. Fue Gina, su esposa; la dulce Gina, la insuperable Gina.

¿Por qué habría de hacer aquello?

La tuvo que obligar a que no se tiñera el pelo de negro, como era de moda entre las mujeres de Sydney. Todavía recordaba con deleite cuando la «convenció» tirándola por la ventana del piso treinta.

¿Por qué no le habrían permitido verla?

Aquellos hombres de blanco se lo llevaron; ¡Y qué simpáticos eran y qué amables!

Su cerebro pensó que la culpa de todo lo tenían aquellas cosas

negras que tenía delante.
Lo mejor era destruirlas...
Levantó los brazos. Le gustó la ropa blanca que vestía.
Allí había alguien caído en el blanco suelo.
Cada vez sintió más frío.
El hombre que yacía en tierra llevaba un traje que parecía ser cálido y cómodo. Daba la impresión de estar muerto o de no necesitarlo como él para abrigarse.
Al alargar las manos notó que chocaban contra algo transparente y que no lograba distinguir.
¡Empujó con todas sus fuerzas, sintiéndose como acorralado dentro de aquella jaula invisible!
De pronto se vio libre...
Hacía un frío intensísimo.
Se inclinó sobre aquel cuerpo y notó que estaba caliente. Su instinto le hizo despojar al hombre de sus vestimentas y colocárselas sobre la túnica que él llevaba.
Su cuerpo recibió el calor y se reanimó bastante, proporcionándole nuevas fuerzas.
¡Hasta la vista se le aclaró y sus ojos vieron con más horror aún las manchas negras!
Sus labios se curvaron en una sonrisa de triunfo cuando el cerebro de aquel enfermo que había vuelto a la vida pensó que podría destruirlo. Él gozaba haciéndolo.
Es más, le parecía que era su obligación.
La vista se le nublaba, el cerebro, enfermo, empezaba a pensar en la forma de destruir y no paraba hasta conseguirlo o ser recluido en cualquier sanatorio.
Huggams era un demente peligroso. Su mente era un engranaje en el que una pieza fundamental había fallado. Podía pensar como una persona normal y tenía una carrera de hombre inteligente, pues ingeniero electrónico no era algo fácil de conseguir a pesar de tantos adelantos.
¡Y ahí radicaba su peligrosidad!
Era capaz de pensar fríamente sobre una cosa que le absorbiera la razón y no parar hasta destrozarla.
¡Y como él había muchos en el asteroide!
Huggams avanzó unos pasos por la superficie helada y observó el

terreno a su alrededor.

Vio una hilera interminable de personas que parecían estar muertas y su mente comprendió.

Comprendió que se hallaba en algún punto que él desconocía, pero que estaba allí, muerto en vida. ¡Que no sabia el tiempo que llevaba allí y que había otros en sus mismas circunstancias!

A partir de aquel instante, su mente pensó mucho, demasiado.

* * *

Wallack y uno de sus hombres, Sargent, avanzaron hacia donde quedaban los últimos muertos. También ellos estaban cansados, pero todo estaba saliendo mejor de lo previsto, pues habían llegado varias astronaves de la Policía Espacial y ya eran muy pocos los enfermos que quedaban por cargar y sacarlos del asteroide condenado a muerte.

—¿Está contento, capitán? —preguntó el tripulante.

—Mucho, Sargent.

—Demonios, hemos pasado unas horas muy malas; pero todo indica que salvaremos a estas personas.

Wallack sonrió complacido ante el comportamiento del otro y que nada tenía que envidiar a los demás compañeros.

¡Gracias a ellos iban a lograr lo que Knight creyó que sería un puro milagro!

—Aunque sean unos asesinos, merecen vivir. Después de todo, son gente que no puede responder de sus actos.

—Y que lo diga.

¡Lo que no sabía ninguno de ellos era que, con su humanitaria labor, se estaban labrando su propia fosa!

—Estoy muy orgulloso de vosotros, Sargent —siguió diciendo Keir, mientras se aproximaban a los últimos muertos.

—Gracias, capitán.

—¡Eh, mira!

El tripulante se detuvo y miró en la dirección que le señalaba su capitán.

Russ Sargent silbó dentro de su traje térmico. Frente a ellos tenían lo que podía considerarse como una verdadera belleza del sexo femenino.

Una joven morena, alta, con un cuerpo cuyas protuberancias

resaltaban poderosamente bajo la blanca túnica, estaba frente a ellos. Tenía los ojos cerrados, pero bastaba ver sus líneas para comprender que eran de una belleza poco común.

Los dos hombres, al unísono, corrieron para colocarla sobre la camilla que traían.

—La pondremos en nuestra nave.

—Está completa, capitán...

—Bueno, es igual. Sacaremos a uno de esos vejestorios y la colocaremos en su lugar. Sólo por ver una belleza como ésta vale la pena correr tantos riesgos.

—¿Se olvida de que...?

—¿De qué, Sargent?

Russ se pasó la lengua por los resecos labios y añadió:

—De que está enferma, mi capitán.

—Bueno, es verdad... Sin embargo, siempre es grato ver a una mujer tan bonita. ¿No lo crees así?

—¡Indiscutiblemente! Pero considero que es una pena... Una preciosidad como ésta con el cerebro trastornado.

—Quizá dentro de poco encuentren algo y los curen a todos —habló Wallack.

El joven no puso mucha seguridad en sus palabras. Sin embargo, reconocía que aquello representaba un gran esfuerzo de la ciencia y que era lo único que se podía hacer de momento.

—¿Volvemos, capitán?

—Sí, Russ...

Ambos emprendieron el camino de regreso, durante el cual se encontraron con numerosos hombres que llevaban los últimos cuerpos hacia las astronaves de la Policía Espacial.

Al alcanzar la propia, Wallack fue hasta el compartimiento donde se encontraban los enfermos.

Había visto la cara de aquella chica y le había gustado, ésa era la pura verdad. Sabía positivamente que no iba a conseguir nada con llevarla en su astronave, pero...

¡Wallack era así!

Tomó una de aquellas cápsulas, que contenía a un hombre de avanzada edad y con una cara de asesino peligroso que hacía estremecer, y la sacó de allí.

Al ir en busca de la joven encontró a Russ, que leía el cartelito

que colgaba del lugar donde estaba recluida ella.

—¿Qué lees?

—Nada... Bueno, quería saber el nombre y la enfermedad de este monumento.

—¿Y qué pone?

—Jill Craig, veinticuatro años. Enfermedad: visionaria; fecha de llegada: 13 de abril del año 2220.

—¡Veinte años! —exclamó Keir, vivamente sorprendido por aquella explicación que no esperaba.

—Exacto, capitán...

—¡Nadie lo diría!

—Es que aquí se conservan idénticamente igual que estaban el día en que los trajeron.

—Sí, pero...

—A lo mejor, nosotros morimos de viejos y ella sigue siendo tan guapa como si los años no pasaran.

—Es que no pasan, Sargent.

—¡Es de lo más sorprendente que he visto en mi vida!... ¡Así, yo también podría enterrarme en uno de estos asteroides y volver a la vida en el momento en que no sea necesario trabajar para vivir!

—No vayas tan de prisa, Sargent.

—Ya sé que es imposible... ¡Y ahí está lo malo!

Wallack soltó una alegre carcajada y, rodeando la cápsula plástica con ambos brazos, introdujo a la joven en la cámara frigorífica.

—Ya está — dijo cuando regresó junto a su subordinado. Y añadió—: Lástima que no sea normal y viva. La podríamos hacer madrina de nuestra astronave.

Luego tomaron al hombre y lo llevaron a una de las naves de la Policía Espacial.

Allí, Wallack recibió orden de abandonar el asteroide, ya que sólo faltaban unos pocos enfermos y los agentes del espacio se encargarían de ellos. El joven capitán fue felicitado y los dos hombres regresaron a su astronave.

Se hallaban a mitad de camino cuando vieron a uno de los científicos del pequeño planeta que caminaba hacia ellos con paso lento, como si estuviese agotado.

—Debe de ser uno de los que han resistido hasta última hora —

dijo Sargent.

—Vamos a ayudarle. Se han portado como unos verdaderos valientes —añadió Keir.

Salieron al encuentro del hombre, quien les sonrió enigmáticamente, casi con alegría.

—¿Quiere que le ayudemos? —ofreció Sargent.

—No, no, gracias...

—Ya pasó el peligro.

—Es verdad. ¿Pertenecen a la tripulación de esa astronave?

—Sí. Tenemos sitio para uno más. ¿Quiere venir con nosotros? —intervino Keir.

El hombre miró en tomo suyo estudiando las otras astronaves y sus ojos acabaron por detenerse sobre la de Wallack, la más grande y moderna de todas.

—Iré con ustedes.

El capitán invitó:

—Acompáñenos. Le proporcionaremos un lugar para dormir, pues supongo que le hará falta...

—¡Oh, sí!

Wallack empezó a caminar y subió por la escalerilla que conducía a la cabina de mando. Tras él iba el técnico y, en último lugar, Russ Sargent.

Al llegar a la proa de la nave, el tripulante cerró la compuerta definitivamente, mientras Kruger, ya sentado frente al cuadro de mandos, indagaba:

—¿Nos elevamos ya, capitán?

—Sí, ya puedes despegar inmediatamente.

Luego, al tiempo que Kruger manipulaba en los mandos, Wallack se volvió hacia el inesperado pasajero.

Éste lo observaba todo con marcado interés y parecía haberse olvidado de quitarse el traje térmico, detalle que el joven notó rápidamente: aunque pensó que quizás el hombre no sabía las reglas de seguridad de una astronave.

Se acercó a él y le indicó:

—Quítese el traje, amigo.

—No me había dado cuenta. Se está tan bien con él que da pereza abandonarlo.

—Aquí no le hará falta. A propósito, todavía no me ha dicho su

nombre — adujo él.

—Basyl Huggams.

—Keir Wallack, capitán de esta nave.

—Encantado, capitán.

—¿Es usted científico?

—Psiquiatra.

—Ya; sus enfermos han tenido suerte, ¿eh, doctor Huggams?

—Desde luego. ¿Cuántos hay en esta astronave?

—Doscientos y cinco miembros del personal de la cárcel—hospital. No tema, llegaremos a nuestro destino.

Huggams esbozó una sonrisa.

—Confío en ustedes, capitán. Y ahora, si no le importa, quisiera descansar unas horas.

—Espere un segundo y le acompañaré a su alojamiento. Como comprenderá, no habrá muchas comodidades...

—Me hago cargo. ¿Va a instalarme con los demás enfermos?

—No, pero solamente les separará una planta de la nave. Cuando hayan descansado podremos hacerles una visita, pues existe el temor de que alguno de ellos no pueda haber resistido el cambio de temperatura y muera sin darnos cuenta.

—Desde luego.

Wallack y Huggams acabaron de quitarse los trajes y desconectaron sus sistemas de calefacción. Después el joven se encaminó hacia una puerta que había tras ellos y el demente le siguió.

¡A Basyl no se le notaba en absoluto que estuviese enfermo y, sin embargo, su mente ya estaba buscando la manera de destruir aquel enorme y negro aparato!

¡Y cosas mucho más graves aún!

Cuando un loco es descubierto, resulta muy fácil de aprehender, pero, si se oculta en el anonimato, sus actos pueden ser terriblemente peligrosos e imprevisibles.

Los dos hombres caminaron por los pasillos de la astronave y atravesaron las compuertas que separaban los diferentes departamentos. Una escalera en espiral servía para hacer el mismo recorrido cuando la nave estaba en posición vertical.

Al fin llegaron a una pequeña estancia, con literas adosadas a ambos lados. En ellas dormía media docena de hombres.

—Son compañeros suyos —dijo Wallack.

—Ya los conozco.

—Me alegro. Cuando despierten, basta con que uno de ustedes acuda a la cabina de mando y me avise.

—Bien, capitán.

—Hasta luego, Huggams...

Wallack salió de la estancia y regresó a la cabina de control.

Ni por asomo llegó a sospechar de las verdaderas consecuencias de lo que estaba haciendo. Para él, aquellos hombres habían luchado hasta lo indecible y se merecían un descanso.

No le importó proporcionarles el alojamiento de su propia tripulación, aunque ellos también necesitaban reposo.

Basyl Huggams cerró la puerta a su espalda y observó cuidadosamente las caras de los hombres que dormían plácidamente.

Había llegado ya a forjar parte de sus planes, los cuales cada vez más ambiciosos. Su mente sabía a la perfección que podría hacer muchas cosas sin que los tripulantes lo notasen.

¡Había más de un objeto de color negro!

Pero antes de destruirlo tenía que llevar a cabo algunas cosas como, por ejemplo, deshacerse de los científicos que ahora dormían.

Ellos, al despertar, comprobarían que no formaba parte del equipo del «submarino» y le reconocerían, quizá, como a uno de los enfermos.

Basyl los culpaba de su encierro, de no permitirle ver a su dulce e inmaculada Gina.

¡Ellos tenían la culpa!

Pensó durante unos segundos y luego se acercó al primero, al más cercano y que iba a ser su segunda víctima.

Sus ojos brillaron acuciados por la demencia y, mientras su cerebro le decía que iba a hacer justicia, sus manos fueron hasta la cara del hombre y se posaron sobre su boca, nariz y ojos.

Basyl apretó con fuerza, impidiéndole la respiración.

El hombre se despertó cuando sus pulmones notaron la falta de oxígeno.

Quiso abrir los párpados, pero le fue imposible.

Basyl sonrió contento.

¡Justicia!

Gina… Al término de sus planes la vería.

El condenado a muerte pataleó aterrado. Sus brazos subieron en busca de las manos que le arrebataban la vida.

Basyl respiró profundamente y siguió presionando de la misma manera hasta que, bruscamente, cesó toda resistencia por parte del científico que, según él, merecía la muerte.

El cuerpo quedó flácido.

Huggams, sintiéndose el hombre más perfecto del mundo, lo soltó y los ojos del muerto se abrieron con un seco parpadeo.

Se los cerró y colocó el cuerpo en posición normal. Sólo la parte frontal de su cara aparecía algo amoratada. Se la frotó rápidamente para que la sangre no se estacionara en aquel punto.

Sus brillantes ojos fueron hasta la siguiente litera.

¡Gina!

El segundo hombre murió sin apenas darse cuenta.

El tercero pareció oponer más resistencia que los anteriores, pero Basyl era fuerte y le animaban los fanáticos deseos de ver a una mujer que adoraba y que él mismo había matado.

Sus víctimas fueron muriendo una a una. En circunstancias normales, alguno se hubiese despertado. Sin embargo, ahora se hallaban agotados hasta lo inimaginable y despertarse a causa del leve movimiento de la litera resultaba imposible.

Huggams siguió matando de la misma manera. Cada vez que uno de los científicos dejaba de respirar, su mente le decía que estaba un paso más cerca de Gina.

¡Y continuó asesinando hasta que los seis hombres se convirtieron en otros tantos cadáveres!

Luego, muy satisfecho, se tumbó en un lecho libre y se arrellanó cómodamente para descansar.

A las pocas horas despertaría y estropearía el sistema de ventilación de la estancia. Luego él saldría protestando por la falta de aire y todos, absolutamente todos, creerían en sus palabras.

¿Quién iba a decir lo contrario?

¡Y se durmió rodeado por la muerte!

CAPÍTULO IV

Keir Wallack apretó uno de los cientos de mandos que había frente a él y pidió comunicación con el cosmopuerto de Neptuno, al que estaban a punto de llegar.

La pantalla visora de la parte frontal de la cabina se iluminó, apareciendo en ella el rostro del encargado del tráfico de astronaves en el espacio concerniente a Neptuno.

—Capitán Wallack de regreso del asteroide Vicyañ.

—Hola, capitán.

—¿Todo listo para orbitar?

—Espere un momento.

El hombre volvió la cabeza a un lado, donde debía tener un plano de los vuelos cósmicos del momento, y luego miró de nuevo hacia el joven cosmonauta.

—Lo siento, capitán; pero tendrá que aguardar unos minutos.

—¿Mucho trabajo? —preguntó Keir, sin conceder demasiada importancia a aquel detalle.

—Bastante. Tenemos descargando a las otras astronaves y aún no se ha acabado la construcción del lugar adonde han de ser recluidos.

—Comprendo.

—No será mucho. A lo sumo media hora.

—Hasta entonces.

Keir cortó la comunicación. Luego miró a su segundo, Kruger, y añadió tranquilamente:

—¿Lo has escuchado, Max?

—Sí, capitán.

—Escapa de la atracción de Neptuno y navega por donde gustes durante ese período de tiempo. Mientras, yo iré a ver a los científicos. Me preocupan los dementes que llevamos en el frigorífico.

—Sí, capitán.

Wallack hizo girar su asiento y se puso en pie. Recordaba, no sin cierta dosis de lástima, a la bella joven que había colocado en su astronave al salir del asteroide.

Con pasos rápidos se dirigió hacia el alojamiento de la tripulación, pasando junto a Sargent, que dormía en uno de los

pasillos.

Procuró no despertarlo y siguió adelante.

Sus botas de suela de plástico resonaban suavemente sobre las planchas de acero. También él tenía sueño, pero ya habría tiempo para descansar.

Tendrían que buscar un nuevo lugar para los enfermos y construir la base, lo que les llevaría bastante tiempo. Entonces disfrutarían de unas estupendas vacaciones.

De pronto se detuvo sorprendido.

¡Había llegado ante la puerta donde se alojaban los científicos y allí encontró a un hombre caído en el suelo!

Corrió hacia él y comprobó que se trataba de Huggams.

Estaba vivo.

Su vista voló hacia la estancia y algo instintivo le advirtió de que allí reinaba la muerte.

¡Le bastó tocar la mano de uno de los hombres para comprobar que había fallecido!

El único que aún vivía era Basyl Huggams.

Se arrodilló junto a él y le golpeó las mejillas. Al momento el hombre abría los ojos y empezaba a toser convulsivamente sin mirar a Keir.

—¡Huggams! — gritó el joven.

—¡El aire...!

—¿Qué dice?

—El aire... Nos estábamos asfixiando y pude abrir la puerta. Mire a los otros; necesitarán ayuda.

—Es inútil... Han muerto.

¿Cómo habría sucedido aquello?, se preguntaba Keir.

—¡Es imposible!

—No, Basyl. Al parecer, ha sido usted el único que se ha salvado. Pero no comprendo cómo ha podido ocurrir.

—El aire.

—¿El sistema de ventilación?

—Eso...

Keir se levantó y penetró en lo que ahora parecía una cámara mortuoria y se dirigió hacia el pequeño orificio por el que entraba el oxígeno necesario.

Introdujo la mano en él y palpó una de las válvulas.

¡Estaba rota!

Basyl, disimulando, se había puesto en pie y se tambaleaba ligeramente como si estuviese mareado.

—No logro entender cómo ha podido suceder una cosa así.

—¿Qué ha sido, capitán?

—Una válvula... ¡Seis muertos!

Huggams se apoyó en la pared del pasillo y manifestó:

—Yo sentí algo extraño y desperté, notando que el aire no penetraba en mis pulmones. Tuve el tiempo justo de salir de la litera, acercarme a la puerta y abrirla... Entonces ya no pude resistir más y perdí el conocimiento.

—Ha debido de ser un fallo técnico.

—El culpable deberá pagar las consecuencias de su descuido.

Los dos hombres parecían anonadados. ¡Sólo que uno de ellos fingía!

—Sí, pero los muertos no volverán a la vida.

—¿Hace mucho que revisaron la astronave?

—Siete días. Y usted, ¿cómo se encuentra?

Huggams, sin despegarse de la pared, respondió:

—Físicamente, bien. Sin embargo, los conocía a todos. Fuimos compañeros durante mucho tiempo y... ¡Parece imposible que hace unos momentos viviesen y ahora...1

La desfachatez de Basyl era magistral.

¡Sólo un loco como él podio hacerlo de un modo tan perfecto! ¡Él no se consideraba culpable y, por lo tanto, creía estar haciendo algo bueno!

—Tendré que comunicar la desagradable noticia a Neptuno.

—¿Vamos hacia allí?

—Sí... ¿No lo sabía?

Huggams se golpeó la frente con la palma de la mano derecha en señal de reproche y contestó:

—¡Se me había olvidado!

—Tendrá que ver a los enfermos usted solo, Basyl. A pesar de lo ocurrido, no podemos dejarlos a un lado.

—Tiene razón, capitán.

Wallack se situó en el pasillo y el otro hizo intención de seguirle, pero el capitán se volvió, añadiendo:

—Si lo prefiere, podemos hacerlo más tarde.

—No, no… Ahora es mejor.

El joven ya no dijo más. Estaba consternado por aquellas muertes inesperadas. Se abriría una investigación para aclarar las causas que motivaron tan trágico accidente y serían grandes las molestias.

Con un gesto de fastidio, apresuró el paso.

«Por lo menos se ha salvado uno», se dijo.

Atravesaron una puerta de acero y ante ellos apareció otra mucho más grande y que no parecía tener abertura exterior.

Keir se acercó a la puerta que habían dejado atrás y sacó dos trajes térmicos de un armario empotrado.

—Tenga, Basyl.

El demente lo tomó y empezó a colocárselo con rápidos gestos.

Al poco, ambos estaban listos para penetrar en uno de los compartimientos frigoríficos.

Keir pulsó unos botones situados frente a ellos y una gruesa puerta de acero pareció surgir de lo que a simple vista semejaba una pared lisa. Lo que Huggams vio ante él era una cabina de descompresión.

Penetraron en ella y la puerta se cerró a sus espaldas.

Casi al instante se abrió otra y una nube blanca y helada los envolvió por completo.

—Sígame, Basyl — indicó Keir.

Avanzaron unos pasos y la segunda puerta volvió a su posición anterior, dejándoles frente a un número considerable de personas completamente congeladas.

—Aquí los tiene. En esta estancia hay cincuenta.

—¿Sólo?

—El resto está colocado en las otras.

—¡Ah!, ya comprendo.

—Si le parece, yo puedo ir moviéndolos y usted los examina.

—Desde luego, capitán; es una buena idea —asintió Huggams, mientras sus ojillos de loco observaban los rostros de aquellos «muertos»… ¡a los que él pensaba volver a la vida!

Wallack fue moviendo las cápsulas de plástico y separándolas, mientras el loco iba mirando la piel de los enfermos. No era difícil hacerse pasar por médico, ya que bastaba con mirar sus caras y observar si éstas conservaban su tinte amarillento.

Todas estaban extremadamente pálidas.

—Este —dijo bruscamente.

Keir se detuvo.

Un hombre de edad madura, con la rigidez de una estatua de mármol, parecía mirarles.

¡Tenía los ojos abiertos!

—¿Muerto?

A él también le pareció que la pregunta sobraba. Se estremeció involuntariamente, al tiempo que Huggams movía la cápsula.

—Sí —replicó el falso médico.

—¿Y por qué abre los ojos?

—Habrá vivido unos segundos.

De pronto Keir sintió unas vivas náuseas al pensar en lo que habría sufrido aquel infortunado durante los escasos segundos que tuviera de lucidez.

Se acordó de las palabras de Knight, quien había salido del asteroide en una de las astronaves de la Policía Espacial, y se dijo que el hombre había tenido razón.

—¿Qué hacemos con él?

—Lo tendremos que dejar aquí.

—Pero...

—Recuerde, capitán, que la descomposición será más rápida debido al tiempo que su corazón lleva sin latir.

—Bien —insistió Keir.

—Ayúdeme. Los separaremos...

Entre los dos llevaron al muerto de verdad hasta un lugar más apartado, aunque no sobraba mucho espacio, y lo dejaron allí. Cuando regresaban al lugar anterior para proseguir la inspección, Huggams vaciló.

—¿Le ocurre algo?

—Me mareo...

—Debe ser a causa de lo que le ha ocurrido antes.

—Es posible.

Keir se le acercó y lo tomó por las axilas. Lo arrastró hacia la puerta y pulsó los botones automáticos para que ésta se abriese.

Al poco, los dos hombres habían salido de la cámara, y el joven tuvo que despojar a su compañero del traje térmico.

—¿Respira mejor?

¡Estaba siguiendo el fatídico juego de un loco asesino!

—Sí...

—Iremos a la cabina de mando. Permanecerá allí hasta que lleguemos a Plutón.

—Gracias, capitán.

El regreso fue más lento, pues Basyl sabía fingir a la perfección. Nadie hubiese dicho que todos sus movimientos eran falsos y mucho menos para qué los hacía.

Huggams ya había visto bastante. Ahora le venía la parte más difícil de su plan y que consistía en adueñarse de la astronave. De tener Keir algún arma encima, todo le hubiese resultado más sencillo.

Necesitaba algo con que amenazarles hasta que pudiese poner en practica la segunda parte de sus ideas maquiavélicas.

Siguió al inocente capitán con la esperanza de que en la cabina de mando pudiese encontrar lo que buscaba.

Sus labios se curvaron en una fina sonrisa.

¡Estaba más próximo a Gina!

Cuando pasaron junto a Sargent, Keir lo llamó, zarandeándolo con fuerza, y el tripulante se levantó.

—¿Qué sucede, capitán?

—Se ha producido un accidente en vuestro alojamiento. ¿Habíais observado alguna anomalía en el sistema de ventilación?

—Ninguna, señor.

—Ven con nosotros.

Russ se pasó las manos por los ojos, como si así los pudiese abrir mejor, y siguió a los dos hombres que le precedían.

Al llegar a la cabina de mando, Keir se dirigió directamente hacia Kruger, quien se había vuelto hacia ellos adivinando que algo no marchaba bien en la astronave.

—¿Has recibido aviso de Neptuno, Max?

—Sí, capitán; que continuemos esperando. No debemos preocuparnos; tenemos combustible para un largo viaje si es preciso.

Huggams permanecía impasible, mirando en tomo como un hiena en espera de pasar al ataque en el momento más oportuno y cuando el enemigo esté desprevenido.

De pronto vio lo que deseaba.

Wallack y el segundo de a bordo siguieron hablando:

—Los científicos han muerto. Ha ocurrido una avería en una

válvula del sistema de ventilación y se han asfixiado.

Kruger, un joven rubio de rostro viril, dio un brinco en el asiento de mando.

—¿Todos?

—Sí, todos; menos el doctor Huggams.

—¡Es espantoso!

Basyl había visto las armas de proyectiles explosivos depositadas en la pared de enfrente y pensaba en la forma de llegar hasta ellas y apoderarse de una.

Sería suficiente para reducir a la tripulación y hacerse dueño de la astronave.

Para alcanzarla tenía que cruzar la cabina de mando sin levantar sospechas y asegurarse primero de que estuviera cargada.

—¿Está seguro de que ha sido la válvula? —preguntaba Kruger sumamente extrañado.

—¿Qué otra cosa puede ser?

—No sé, pero...

—Yo mismo la he visto. Ya sabes que la fuerza del oxígeno comprimido es capaz de hacerlo.

—Ha sido una gran pérdida para el equipo del profesor Knight —manifestó Basyl, adelantándose unos pasos e interviniendo en la conversación de la forma más normal.

—Menos mal que se ha salvado usted, Huggams — añadió Kruger —; así podrá atestiguar lo ocurrido.

—Sí, me hago cargo.

Avanzó unos pasos más, pasó detrás de Kruger y se situó al alcance de las armas.

—¡Ya tengo ganas de llegar a Neptuno y que todo se arreglo! —vociferó Keir.

El joven estaba francamente preocupado.

Basyl alargó una mano.

Sus dedos aferraron la empuñadura del arma y la sopesaron.

—¿Son de fabricación reciente? —inquirió, sin poner demasiado interés.

—¡Cuidado!

—¿Por qué?

—Están cargadas y son peligrosas.

Basyl hizo ver que el arma le producía pavor y la aferró con dos

dedos solamente, al tiempo que simulaba el deseo de ponerla en su sitio aterrorizado.

—¿Cómo se dispara?

—Apretando el botón verde de la culata se anula el dispositivo de seguridad. Luego basta con apretar el gatillo. Pero no la toque. Las llevamos por si aparecen los piratas del espacio...

Keir tuvo que dejar la frase en el aire.

Boquiabierto, observó cómo el falso científico le apuntaba con aquel extraño fusil y sus ojos empezaban a brillar malévolamente.

—¿Qué hace...?

¡Basyl pulsó el botón verde de la culata y colocó el índice alrededor del gatillo!

—¿No lo ve, capitán?

—Deje el arma, Huggams; ya hemos tenido más que suficiente con el accidente de sus compañeros.

—No eran mis compañeros.

—¿No?

Keir no podía imaginar que se hallaba ante uno de aquellos enfermos mentales vuelto a la vida al ascender la temperatura del asteroide y gracias a su fortaleza física.

—¡Es usted un estúpido, Wallack!

—¿Qué se propone?

—Apoderarme de su astronave.

—¿Está loco?

Las facciones de Huggams se endurecieron de modo visible y el arma apuntó directamente a la cabeza de Wallack.

El joven no supo qué pensar.

—¡Repítalo y lo mataré!

—¿Quién es usted, Basyl?

—¡Yo soy una víctima de su sociedad!... ¡He estado apartado de mi ser más querido durante no sé cuánto tiempo y ahora pienso llegar hasta ella!

—No lo conseguirá. No comprendo cómo ha podido ocurrir esto, pero lo que se propone es imposible.

—¿Duda de mi efectividad, Keir?

Keir no contestó. Tenía que aclarar sus ideas y pensar bien sus palabras antes de correr el riesgo de precipitarse.

—¡Responda...!

—Sí, Basyl.

—Lo celebro. —El enfermo movió sus ojos febriles en tomo suyo. Y añadió—: Obedezca mis órdenes o los mataré a todos.

—No cometa una estupidez, Basyl; usted también moriría, y todos los hombres y mujeres que reposan en las cámaras.

—Pierda cuidado; sé muy bien lo que hago. De momento quiero que se dirija a la Tierra y conecte el piloto automático… Supongo que esta nave lo tendrá, ¿no es así?

—En efecto.

Keir no tuvo más remedio que apretar las mandíbulas. Bastaba mirar las pupilas de aquel sujeto para comprender que estaba decidido a todo. Supo que sería más sencillo y menos peligroso luchar contra un asesino que hacerlo con un loco como él.

¡Hasta los criminales tienen apego a la vida!

Pero Basyl Huggams sería capaz de matar a media humanidad con tal de conseguir sus sueños irrealizables.

¡Y jamás pensaría que él podría morir!

—Obedezca, capitán.

Los ojos del aludido fueron hasta Kruger, quien, a su vez, lo miró a él con gesto interrogativo.

—El piloto automático, Max.

El segundo de a bordo cumplió lo ordenado. En la inmensidad del espacio sideral, la nave pareció no moverse. Sin embargo, variaba su dirección, enfilando la proa hacia la Tierra.

—¿Y ahora? —indagó el capitán.

—Los tres juntos…

Wallack estaba en el centro de la cabina, por lo que no se movió. Sargent y Kruger avanzaron hacia él por ambos lados. No comprendían muchas cosas, pero era innegable que sus vidas estaban en peligro.

¡Y muchas más si ellos no detenían a aquel demente!

De súbito, Huggams apretó el gatillo al mismo tiempo que esbozaba una macabra sonrisa de triunfo y placer.

Max Kruger pareció saltar en el centro de la cabina, ¡y sus dos compañeros dieron un paso atrás horrorizados!

CAPÍTULO V

Wallack quedó pasmado por el asombro.

¡Kruger estaba muerto, en el suelo, en medio de un gran charco de sangre, después de que el proyectil explosivo le hubo reventado el pecho, matándole en el acto!

—Tómelo como prueba de que mis palabras son ciertas, capitán — siseó Huggams.

—¡Lo ha matado!

—¡Y lo haré también con ustedes si no me obedecen en todo lo que diga!

Enfurecido, Keir no pudo reprimir un impulso de saltar hacia adelante y vengar a su segundo.

Sargent le sujetó para contenerle.

—Cuidado, capitán... Kruger ya está muerto...

—Su hombre es sensato, Wallack. Ahora den media vuelta y caminen despacio.

—¿Adonde nos lleva?

—Junto a los otros muertos. Le advierto que si alguien de su tripulación osa atacarme, ustedes morirán sin remedio. ¿Desde dónde llama usted a sus hombres?

El joven, con un movimiento de cabeza, indicó el tablero de mandos.

—Hágalo... con cuidado.

—Sí.

Keir pensaba obedecer y al mismo tiempo conectar la llamada de socorro, cuyas ondas cruzarían el espacio en dirección a todos los planetas y cosmonaves que viajasen por él.

Fue hasta el lugar que había ocupado Kruger y manipuló en algunos controles. Tras él sentía la escrutadora mirada del enfermo, que apuntaba a Sargent para mayor seguridad.

Una voz llegó hasta ellos.

—¿Desea algo, capitán?

—Si, subid a la cabina de mando inmediatamente. — La voz de Wallack tenía roncos matices de desesperación e impotencia.

—¿Todos?

—Así es...

—En seguida, capitán.

La comunicación se cortó. El joven dio media vuelta.

—¿Está satisfecho, Basyl?

—A medias, Wallack; todavía tengo muchas cosas que hacer. No obstante, conseguiré mi propósito y mataré a todos los que se interpongan en mi camino hacia la verdad.

—Le creo.

— Procure no ser usted uno de ellos.

Se oyó un tropel de pasos en los pasillos inferiores y casi en seguida aparecían ante ellos los cuatro hombres que componían el resto de la tripulación.

Al ver allí a Basyl con el arma en la mano y el cadáver de Kruger se detuvieron.

—Capitán, explíqueles lo sucedido —pidió el asesino.

Wallack lo hizo escuetamente, y los tripulantes palidecieron y empezaron a cuchichear entre sí.

—¡Silencio! — cortó Huggams—. ¡Caminen hacia donde están los científicos muertos!

Sargent abrió la marcha, seguido de sus cuatro compañeros y el capitán. Huggams avanzó el último apuntándoles con el arma.

Ni uno solo se atrevió a rebelarse.

La tripulación confiaba en Wallack, y éste sabía lo difícil de sorprender a Basyl sin que alguno de ellos, si no todos, muriesen bajo los proyectiles explosivos.

Al llegar al alojamiento de la tripulación vieron los cuerpos de los científicos que habían muerto sin saber cómo ni por qué.

—¿Los ha matado usted, Huggams?

—Sí.

—¿Cómo se ha atrevido a tanto?

—Eran un estorbo para mí... ¡Adentro!

Un hálito de terror sacudió a los prisioneros.

—¿Se ha olvidado de que no hay aire en esa habitación?

—No, pero regresaré antes de que mueran.

—¿Y si miente?

—No tiene otro remedio que confiar en mi palabra..., capitán.

Wallack se mordió el labio. Ya se estaba cansando de aguantar tanta locura y tantos crímenes.

Estaba seguro de que era prácticamente imposible desarmar a

aquel individuo. Lo sabía, pero estaba decidido a intentar algo, por desesperado que fuese.

Los hombres penetraron en la estancia. Lo hicieron despacio, con el presentimiento de que jamás saldrían de allí.

Basyl sonrió y cerró la puerta. En la pared, junto al dintel, había un pulsador automático que servía de cerradura. Apuntó el arma hacia allí y efectuó un disparo.

La explosión llegó a los oídos de todos.

¡Sólo él podría abrir aquel féretro de nuevo!

Luego dirigió sus pasos por el lugar que pocas horas antes le condujera Wallack. Razonaba — a pesar de su enfermedad mental— y sabía que el capitán habría hecho algo cuando llamó a la tripulación.

Pero no le importó.

¡Aunque vinieran todas las astronaves del Sistema Solar no podrían entrar en la nave!

¡Y no había matado a Wallack y sus hombres porque los necesitaba! Sin ellos no podría alcanzar la Tierra.

Se dirigió rápidamente hacia donde estaban los demás enfermos.

Su mente retorcida imaginaba escenas y situaciones en las que él destacaba como salvador.

¡Gina estaría orgullosa de él!

Al llegar ante la primera cámara frigorífica tomó el traje que usara anteriormente y se lo colocó.

Más tarde efectuó las mismas maniobras que había visto hacer a Keir Wallack. Todo fue muy sencillo, tan sencillo como él lo había creído desde un principio.

* * *

— ¿Cree que vendrá, capitán? —inquirió Sargent mientras los otros cuatro examinaban las literas y sus fúnebres contenidos.

—Supongo que sí.

—¿Por qué está tan seguro?

—Nos necesita para conducir la astronave adonde él quiere... A la Tierra, si no me equivoco.

—¡Maldita suerte la nuestra! — rezongó Russ.

—No seas pesimista, Sargent.

—¿Es que acaso alberga todavía esperanzas? ¡Acaba de decir que

no nos mata porque nos necesita! Pero ¿y cuando no sea así?

—Para entonces ya no nos amenazará…

—Perdone usted, capitán; pero yo no estoy tan seguro de ello —insistió Sargent.

Wallack denegó con la cabeza. Pensaba en Huggams y en sus actos. Estaba loco sin duda alguna; pero los podía llevar a la muerte a todos fácilmente.

Quizá Russ tuviese razón.

—Deja de hablar; el aire escaseará dentro de poco.

Sargent no atendía a nada. Su cara estaba roja como la sangre y, sin poder evitarlo, saltó hacia adelante y su cuerpo golpeó contra la salida con todas sus fuerzas.

Lo único que logró fue magullarse un hombro y gastar más aire de lo normal.

—¡Obedece, Sargent!

—¡Nos matará, capitán!

—No lo hará, por lo que ya te he dicho antes. Y nosotros sabremos aprovechar esa circunstancia para reducirlo a la impotencia. Caerá en nuestras manos sin necesidad de arriesgar nuestras vidas.

—¿Y ahora?

—Sí, ya sé que soltará a los demás enfermos; incluso que es capaz de hacerlos volver a la vida e invadir la nave con ellos Pero no debemos olvidar que no están bien de la cabeza y, por tanto, no son responsables de sus actos.

—¿Y esto? —rugió el hombre, señalando los cadáveres que todavía reposaban en los lechos.

—¡Un accidente!

—Siento no estar de acuerdo con usted, señor.

—¿Qué crees entonces que gana ese hombre con hacerlo?

Wallack se había excitado también.

—Sí, tiene razón, capitán.

—¡Lo hace porque está loco, no por fanatismo!

—Perdón, capitán…

—Olvídalo, Russ; eso tampoco quiere decir que nosotros vayamos a permitirle que continúe haciéndolo. ¡Y si hace falta lucharemos hasta la muerte! Pero será por salvar otras vidas…

Sargent se encogió ante las violentas palabras de Wallack y abatió

la cabeza.

—Silencio absoluto…

Keir se apoyó en una litera, la más cercana a la puerta, y se dispuso a esperar pacientemente.

¡No les quedaba otra solución!

Había corrido ya mucha sangre y debía evitar que se derramase más. Pero no pensaba ensañarse con aquellas personas, aunque de momento solamente era Basyl Huggams.

No le había pasado por alto que el enfermo se proponía soltar a todos los demás.

La rabia le invadió, haciéndole entrecerrar los ojos y los puños.

No, no debía dejar que le cegara la venganza por haber visto morir a uno de sus hombres, a un verdadero compañero y amigo con el que había pasado muchas peripecias por el infinito espacio.

Tenía que pensar con calma, esperar; ésta era la única solución por el momento.

Calculó que tendrían oxígeno para unas dos horas aproximadamente si no lo gastaban antes.

* * *

Basyl Huggams, sonriendo sin cesar, observó al hombre muerto y lo apartó a un lado. Luego empezó a mirar las fichas de cada uno con detenimiento.

Se detuvo ante una cápsula, a través de cuyo plástico se veía un sujeto más alto que él, con las facciones de persona embrutecida; sus manos eran callosas y velludas.

Se dijo que aquél era el tipo que necesitaba como primer aliado para sus planes.

Logró sacarlo con grandes esfuerzos de la cámara, esperando que no muriese ante él cambio de temperatura.

Leyó la ficha: Oscar Eggar, ex presidiario, cinco asesinatos, carácter rebelde y belicoso.

¡Había encontrado lo que buscaba!

Notó que el plástico empezaba a ablandarse por el súbito calor y la piel del enfermo—asesino cambiaba de color, tomando uno rosado que se iba haciendo más fuerte poco a poco.

Basyl se despojó de su traje espacial.

De pronto el llamado Oscar dio señales de vida. Los dedos de sus

manos se movieron de modo perceptible, aunque quizá serían reflejos nerviosos al salir de la congelación a que había estado sometido.

Buscó la abertura de la cápsula y la abrió.

¡Oscar elevó los párpados!

Basyl dio un paso atrás.

—Oscar —dijo.

Las pupilas del gigante se dirigieron hasta él... Sus brazos se movieron con extrema lentitud.

—Oscar..., soy un amigo...

El aludido parpadeó.

—Te he sacado del encierro. Yo también soy un prisionero como tú y los dos podremos escapar... ¿Me oyes?

Oscar asintió con la cabeza.

Basyl sabía perfectamente que debería andar con mucho cuidado, pues aquel sujeto se podía convertir en un enemigo sumamente peligroso al no comprender que él le había ayudado.

Con gestos muy pausados, Huggams se despojó del traje y se lo tendió al otro.

—Toma... Con él entrarás en calor.

Sin contestar, Oscar alargó un brazo y tomó el traje. Su mente debía de estar dudando.

Luego sacó los pies de la cápsula y empezó a vestirse con la prenda que le había dado Basyl. Este se fijó en que el ex presidiario temblaba como si tuviese mucho frío.

Estaba a punto de granjearse sus simpatías.

Oscar acabó de vestirse. Y entonces sus labios se curvaron en una sonrisa de felicidad.

—Oscar, soy Basyl y estamos en una astronave espaciad. Tengo armas, pero todavía no podemos salir de aquí.

—¿Armas?

—Sí...

—¿Qué hay que hacer?

—Sacar a más como nosotros.

Oscar hablaba sin mucha coherencia en sus palabras. Los pensamientos de libertad afluían confusamente a su cerebro como vagas ideas de un país de tinieblas.

—¿Ahora?

—Cuanto antes... Ven...

Basyl dio media vuelta y volvió a penetrar en la cámara. De reojo observaba el comportamiento de Oscar y vio que éste parecía dudar y sus ojos miraban recelosamente al lugar de donde había salido.

Al poco, se decidió y fue tras él.

Basyl respiró aliviado.

Más tarde repitieron la operación con otro hombre... ¡Y muchos más, hasta que la primera cámara quedó vacía por completo!

Hubo tres personas que no resistieron aquel cambio, al no ser efectuados en los medios adecuados, y murieron congeladas.

Basyl no se conformó con aquello y bajó a la segunda.

¡Un ejército de doscientos dementes, con las más diversas enfermedades y manías, dueños de una astronave y con deseos de llegar a la Tierra!

De conseguir lo que se proponían, nadie podría imaginar los efectos, la destrucción o la vorágine que desencadenarían unos hombres armados y capaces de matar por capricho.

¡Nadie podría predecir el futuro!

Si caían en una ciudad serían como un azote y el terror cundiría entre las gentes.

* * *

Keir Wallack sudaba copiosamente. Los párpados le pesaban una barbaridad y sólo podía ver a sus hombres caídos en el suelo de la estancia bañados por la transpiración.

Los cadáveres empezaban a descomponerse y el olor nauseabundo a cadaverina era un indicio evidente de que ellos también iban a seguir el mismo camino.

Sintió que las fuerzas le abandonaban, que pronto caería al suelo y daría comienzo la asfixia.

Repentinamente sonó una explosión en el otro lado de la pared y luego otra. Aquello le dio más vida. Si Basyl regresaba y los sacaba de allí, siempre quedaría alguna esperanza.

La puerta se abrió.

¡Keir palideció al ver las personas que estaban ante él!

Dos hombres y una mujer le encañonaban con las armas de la astronave.

Vio el brillo de sus ojos y se dijo que una muerte rápida como

había tenido Kruger sería un paraíso comparado con lo que les esperaba a él y al resto de su tripulación.

¡La mujer era la misma que él había colocado en la última cámara!

—Ya estoy aquí, Wallack —siseó Huggams.

—Sí… Veo que ha conseguido sus propósitos.

—En efecto. ¡Salga!

—Mis hombres están muy débiles — dijo Keir casi suplicante.

—Hágalos salir o los mataré a todos.

El joven tragó saliva y fue hasta donde yacían los tripulantes de la nave, quienes se movieron ligeramente, pues se hallaban ya al borde de la inconsciencia y la asfixia.

—Vamos, muchachos…

La corriente de aire puro que entró en la estancia al abrirse la puerta los reanimó bastante y poco a poco empezaron a ponerse en pie, aunque tambaleándose.

Oscar, que era el tercer personaje, entró hecho una fiera y los empujó violentamente hacia la salida.

—¡Fuera…!

Una espuma blanquecina se le escapaba por las comisuras de los labios, dándole un aspecto mucho más feroz.

—¿Qué quieres ahora, Huggams?

—Vayan a la cabina de mando y no intente reírse de mí. Hay algunas astronaves que revolotean a nuestro alrededor como pájaros de presa y que no me han gustado nada.

—¿Naves?

—Sí; las debió llamar usted antes. Ahora las obligará a marcharse o empezaré a matar gente.

Los ojos de Wallack fueron hasta la muchacha morena.

La joven tenía las mejillas arreboladas y estaba mucho más bonita que antes. Sin embargo, su expresión era idéntica a la de los hombres que la acompañaban.

Recordó su nombre: Jill Craig.

Se desentendió de aquellos pensamientos y avanzó hacia el lugar que le había ordenado el demente.

Tras él siguieron sus hombres.

Por el camino vieron a otros hombres. Unos miraban alelados las caras de sus compañeros y permanecían en un absoluto silencio sin

que sus mentes comprendiesen nada.

Otros les dirigieron feroces miradas en las que brillaba el satánico deseo de destruir, ¡de matar!

En cuanto alcanzaron la cabina de mando pudieron ver, a través de las ventanillas, las astronaves de la Policía Espacial.

Unas luces, las de llamada, parpadeaban insistentemente sobre el cuadro de control. Seguramente los policías estarían sorprendidos al ver que su astronave había fijado rumbo a la Tierra y que nadie contestase a sus llamadas.

—Tenga cuidado, capitán —advirtió Huggams de nuevo.

Keir tomó el micro y conectó el sistema de recepción.

Todos pudieron escuchar una anhelante voz que decía:

—¡Conteste, capitán Wallack...! ¡Conteste...!

—Aquí el capitán Wallack.

—¿Qué ocurre?

Basyl se le acercó, colocándole el cañón del arma en la espalda, mientras Oscar y Jill apuntaban a los demás tripulantes.

—Nada...

—¿Nada?

—Bueno...

—Dígales lo que sucede con toda claridad, capitán — intervino Basyl—. Si intentan detenernos, ustedes morirán. ¿Ha visto a esas personas que rondan por la astronave?

—Sí...

—Pues ellos también morirán... ¡Los quiero lejos, que no nos persigan!

Keir tragó saliva y se dispuso a repetir las palabras del enfermo.

—¡Capitán...!

—Escuche, los doscientos enfermos que traíamos en la nave se han rebelado contra nosotros.

—¿Quiere decir que respiran? —preguntó la voz.

—Exacto... Nos dirigimos a la Tierra y, si intentan detenernos, moriremos la tripulación y muchas personas más.

—Pero...

— Eso es todo.

Basyl alargó un brazo y pulsó el botón que Keir había tocado antes de hablar, cortando la comunicación.

Luego soltó una risita esquizofrénica.

CAPÍTULO VI

Basyl Huggams retrocedió unos pasos y se acercó a Jill y al bruto de Oscar.

—Lo hemos conseguido.

—¿No dispararán contra nosotros? —preguntó Oscar.

—No.

—Parece estar muy seguro —dijo Jill.

—¡Absolutamente! — replicó Basyl enardecido.

—¿Y en la Tierra?

—Allí será diferente. Ahora tú te quedarás vigilándolos mientras Oscar y yo hacemos una vista a nuestros compañeros. Debemos comprobar sus profesiones.

Producía mal efecto ver a una mujer tan bonita empuñando un arma tan destructora como aquélla.

—¿Mucho tiempo?

Ella parecía desconfiar de todo y de todos. Su mirada no paraba de recorrer la cabina, aunque ya había visto las mismas cosas centenares de veces en tan poco tiempo.

—El menos posible. Si intentan algo, dispara a matar —concluyó Basyl.

Oscar soltó un gruñido y precedió a Huggams hacia la salida, al tiempo que Jill se colocaba en un rincón de la cabina.

Sargent y los demás quisieron ir junto a Keir, pero la imperiosa voz de la joven les contuvo:

—¡Quietos!

Mientras, Wallack se sentó frente a los mandos y quitó el piloto automático. El trabajo era leve, pues bastaba con corregir ligeramente el rumbo y atender las llamadas que podían surgir en cualquier instante.

Sin embargo, en aquellas circunstancias eran inútiles todas las comunicaciones que ellos pudieran sostener.

Sargent parecía ser el más decidido de los cinco hombres y, mirando a la muchacha, dijo:

—Tengo que ayudar a mi capitán.

Jill Craig dirigió sus bellos ojos negros hacia el capitán como esperando una confirmación por parte de éste.

El propósito de Sargent era hablar con Wallack y averiguar sus planes al respecto. Conocía al capitán y sabía a la perfección que no iba a estarse de brazos cruzados.

De ahí que le sorprendiera la siguiente respuesta:

—No es necesario, Russ.

—¿Y las comprobadoras de velocidad? —replicó, cuando ea realidad no existían tales máquinas.

¡Era una contraseña!

—Yo me encargaré de ellas. Vosotros permaneced quietos para que esta señorita pueda continuar tranquila.

—¿Entre caballeros? —gruñó Russ sarcástico.

—Así es.

Ella no perdía de vista a ninguno de los dos. Y sus labios no se despegaron más.

Keir, sin volverse, estuvo manejando los mandos por espacio de unos cinco minutos. Lo hacía con rapidez, proporcionando más o menos fuerza a los cohetes de propulsión para así evitar las atracciones de los diferentes planetas y zonas de radiactividad que atravesaban.

Keir no tenía miedo.

¡Sin embargo, su mente era un verdadero laberinto!

La actitud de aquella joven le sorprendía aún más que el embrollo en que estaba metido y que ya había costado ocho vidas humanas y de hombres sanos.

—¿Cómo se llama, señorita? —inquirió sin volver la cabeza y también sin conceder mucha importancia a la pregunta.

¡El único medio de arreglar aquello era la inteligencia!

—Jill Craig —repuso ella después de ciertos titubeos.

—¿Casada?

—No.

—Es extraño en una mujer tan bonita como usted… ¿No le parece?

—Quizá…

—¿Ya sabe lo que hace al unirse a Huggams, Jill?

—¿Qué busca con tantas preguntas?

—Conversar con usted. No me parece tan mala persona como los otros que andan por mi nave.

Keir sopesaba bien sus palabras, tratando de pronunciarlas con la

mayor dulzura posible y sin dar la impresión de forzarla a hablar o a contestar cosas que le fuesen molestas.

Ella parecía distraída, aunque el arma no dejaba de apuntar a los hombres.

De pronto preguntó:

—¿A qué fecha estamos?

—Veinte de mayo de 2200.

Jill suspiró, notándosele que una súbita alegría penetraba en ella con la sola noticia del día en que se encontraban.

—Gracias.

—¿Tiene prisa por llegar a la Tierra?

—Sí.

—¿La espera alguien?

—No, nadie me esperará allí… ¡Pero yo iré, debo ir…!

Por el rabillo del ojo derecho, Wallack no se perdía un solo detalle de las reacciones de Jill. Según él, la astucia sería la mejor arma, y hasta el momento le estaba dando buen resultado.

Sabía positivamente que Huggams se propondría buscar alguien que supiese pilotar una astronave entre las personas que habían vuelto a la vida, ¡a la vida de lo irreal, de la locura!

En cuanto Basyl no los necesitase, morirían. ¡Él mismo lo había dicho, pero bastaba ver sus ojos para comprenderlo!

La única esperanza estaba en Jill Craig. Y ahora temía haberse equivocado, pues ella hablaba de volver a la Tierra casi con odio. Algo la atormentaba.

Su enfermedad, visionaria, no era ni mucho menos tan grave como la de asesinos como Huggams u Oscar.

Algo misterioso la hacía aliarse con los dos asesinos.

—Cuente conmigo si necesita ayuda para algo, Jill.

—¿Pretende reírse de mí? —En sus palabras había un pronunciado tono de ironía.

—De ningún modo. Sé claramente que no ocurrirá nada malo…

—¿Por qué lo sabe?

—Usted es una de las razones.

—¿Por qué yo?

¡Keir ya había conseguido hacer que se interesara en la conversación!

—Jill, usted es una chica lista. No va a dejarse arrastrar por la

demencia de unos seres que no saben lo que hacen.

—¡Sepa, capitán, que he de ir a la Tierra! ¡No me gustaría que los matasen, eso también es cierto; pero ocurrirá si ustedes se lo buscan! —gritó ella.

La respiración de la joven se iba alterando cada vez más.

No había duda de que Keir la estaba exaltando. El joven se lo estaba jugando todo a una carta.

Aquellos dementes querían ir a la Tierra porque en otro lugar se sentían desplazados, no por otra cosa. Y, a pesar de ello, cualquier cosa que les pareciese mal podía provocar en ellos un sentimiento de rebeldía y destrucción, induciéndoles a matar...

¡A matarse entre ellos mismos y hacer estallar la astronave condenando a los demás ocupantes!

Lo que más enfurecía a Wallack era saber que en aquella situación una lucha normal y corriente resultaba inútil. En medio de la pelea podían ponerse a llorar o a disparar contra las paredes de la astronave.

¡No eran dueños de sus actos!

Por ello, Keir se estaba jugando el todo por el todo al hablarle así a Jill Craig.

—¿Sería usted capaz de matarme, señorita?

—Sí.

—¿A sangre fría?

—¡Sí...!

¡Wallack hubiese jurado que no!

—¿No piensa que por otros medios más sencillos se podría arreglar lo que á usted le preocupa en la Tierra?

—¿Y no piensa usted que está yendo demasiado lejos con sus preguntas ridículas?... ¿O acaso me toma por idiota?

—No, de ninguna manera... Es otra cosa...

—¿El qué?

El joven se desentendió de los mandos, se volvió hacia ella y dijo con todo desparpajo:

—Me gusta usted, Jill.

El rostro de la joven enrojeció. Sus reacciones fueron bruscas y consistieron en dirigir el cañón del arma a Keir y rodear el gatillo con el dedo, al tiempo que apretaba los labios con rabia.

¡Él decidió seguir tentando su suerte!

—¿No me cree?

—¡Lo mataré!

—Me gusta, Jill… No sé si me he enamorado de usted o lo que será, pero me gusta mirarla…

Mientras, Russ Sargent, con los ojos muy abiertos, presenciaba la escena pensando si su capitán se habría trastornado también.

El tripulante tuvo el pensamiento de que Wallack se proponía despistarla para que él la atacase a traición. Era lo más normal y Russ se movió ligeramente.

—¡No siga!

Las últimas palabras de Jill fueron casi un chillido.

—¿Por qué no?… Usted cree que la engaño, que lo hago para ganarme su confianza, pero no es así. Y si lo cree, piense en lo que conseguiría yo con ello…, si usted no se fía de mí.

El joven se esforzaba en aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir.

¡Y lo más sorprendente de todo ello era que la mitad de sus palabras eran ciertas!

¡Le gustaba aquella joven!

Sabía que estaba enferma, loca. Pero era algo instintivo, un sentimiento que el sentido de conservación no podía detener porque las palabras afluían solas a sus labios, aunque también tratara de ganar la confianza de Jill, como le había dicho.

La joven avanzó un paso.

¡Una palabra más que la hiciese enojar y dispararía!

La muerte sería instantánea, brutal.

Russ Sargent, sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta, se preparó para saltar sobre la muchacha en el momento oportuno. Según él, el capitán se estaba jugando la vida en aquella treta.

¡Russ se equivocaba!

—Puede disparar, Jill… Nadie se lo impide.

—¡Miente! ¡Todas sus palabras son mentira!

Él negó con la cabeza.

Russ se movió con el sigilo de una serpiente.

—No, Jill.

Ella, llevada por la exaltación que le infundía Keir al hablarle así, se olvidó de los demás prisioneros, dándoles la espalda, y se acercó más aún a su oponente.

De pronto, los nervios de Russ no pudieron resistir aquella enervante situación por más tiempo y saltó hacia delante. Una mano golpeó el arma y la otra empujó a Jill en un hombro, derribándola sobre el tablero de mandos.

Keir se alzó con la velocidad de un puma y tomó a la joven de la cintura para que no cayese.

Jill alargó las manos con el propósito de arañarle, pero él lo evitó ladeando la cabeza y aprovechando que sus brazos eran más largos y musculosos.

—¡Ha mentido...!

—Russ.

—¿Capitán?

—Dame el arma.

El hombre se apresuró a cumplir la orden, y Keir tomó el arma con una mano, mientras con la otra sujetaba las muñecas de la inquieta y belicosa Jill.

Luego, ante la sorpresa general, la soltó...

¡Y, tomando el arma por el cañón, se la devolvió!

—¡Capitán! — rugió Russ, sin dar pleno crédito a lo que estaba viendo.

Keir no pareció oírle.

Ella, también sorprendida, no supo qué hacer. A pesar del muy amistoso gesto, no confiaba en el capitán, ni en ninguno de sus hombres.

—¿No la quiere, Jill?

Ella tomó el arma por la empuñadura, titubeando, y su sorpresa fue en aumento al ver que Wallack no pretendía atacarla y que el arma estaba lista para disparar.

—¡Lo haré...!

—Vuelve a tu sitio, Russ —ordenó Keir, como si no hubiese oído lo que ella acababa de decir.

—¡Señor...! ¿No la ha escuchado?

—Obedece, Russ.

—Sí..., señor.

En aquel instante, cuando Keir iba a añadir algo hacia la joven, Huggams y Oscar aparecieron ante ellos, apuntándoles nada más entrar en la cabina.

—¡Quietos! —bramó Oscar.

Ni Wallack ni Russ se movieron, aunque este último ya estaba casi con los otros cuatro hombres.

—¿Qué sucede? —inquirió Basyl.

—Nada.

—A usted no le he preguntado — replicó Huggams, volviéndose hacia la muchacha. Y añadió—: ¿Han intentado hablar con alguien?

Ella se pasó la lengua por sus gruesos labios, dudó unos segundos que a Keir le parecieron siglos y, ante la satisfacción de éste, movió la cabeza en sentido negativo, al mismo tiempo que murmuraba:

—No... Han estado quietos.

—¿Y entonces qué hace el capitán en pie?

—Iba a preguntar algo...

Sin dejarle decir más, Basyl se encaró con Keir y le miró ceñudamente, con recelo.

—¿Qué quería?

El joven, rebosando de felicidad en su interior, volvió a sentarse y respondió:

—Quería saber en qué lugar de la Tierra debemos detenemos.

—¿Para comunicarlo a la Policía Espacial?

—No, ellos lo sabrán sin que nosotros se lo digamos, al detectar nuestra entrada en la atracción terrestre. Lo necesito para fijar el rumbo.

—¿Conoce Sydney?

—Sí.

—Pues entonces diríjase hacia allí. Busque un lugar desierto para aterrizar y tenga mucho cuidado.

—¿No ha encontrado a nadie para reemplazarme?

—No, pero usted me llevará allí.

—¿Y después?

—Si se porta bien, no lo mataré.

—Ya comprendo.

—No tiene más remedio que obedecer, capitán. Y recuerde que si alguien se interpone en nuestro camino cuando lleguemos a Sydney, usted y sus hombres morirán.

—Es usted un tipo listo, Wallack.

Un rictus amargo se formó en la boca de Keir, pero no contestó.

Huggams siguió mirando con recelo a su alrededor y, cuando le pareció que todo estaba normal, se dirigió a Jill diciendo:

—No los pierda de vista.

—¿Se van?

—Sí. Pero regresaremos en seguida. ¿Cuánto tardaremos en llegar a la Tierra, capitán?

—Tres horas y unos minutos.

Huggams sonrió enigmáticamente y salió. Oscar fue tras él como un perro faldero. Basyl sería un demente, pero había sabido ganarse la confianza de un loco como Edgar.

Keir se mordió un labio.

¡Disponía de tres horas tan sólo!

Si al llegar a la Tierra no se había solucionado aquella situación, muchas personas iban a morir, era innegable. Por lo menos, ellos caerían bajo las armas de Basyl y sus extraños aliados.

Luego, los policías de Sydney dispararían contra ellos y el final era fácil de imaginar. Todo ello sin incluir a las personas que ellos pudiesen causar perjuicios.

¡Tres horas!

Se acercó a Jill despacio y luego cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Cree usted que lo que ellos se proponen es justo, Jill?

—No sé...

—Morirán. La Policía se verá obligada a disparar y no tendrán otra alternativa que matarlos. Es más, no hará falta que yo les avise del lugar donde aterrizaremos, ya que el radar nos detectará... ¡Nos estarán esperando!

—¿Por qué me dice a mí todo eso?

—Para que lo sepa. Quiero que me ayude.

—¿Que lo ayude...? ¿Acaso no sabe lo que está diciendo? ¡Yo también tengo mucho interés en ser libre!

—No lo será de esta forma. ¿Me equivoco si le digo que con usted han cometido una injusticia, Jill?

Ella se envaró al oír aquellas palabras que le habían sorprendido y sus labios formaron una O perfecta. Lo que demostraba que Wallack había dado en lo que verdaderamente le ocurría.

—¿Cómo lo sabe?

—Verá, Jill, quizá me equivoque. Pero aseguraría que usted no está enferma ni mucho menos. Solamente tiene deseos, ansias de volver a la Tierra para vengarse, ¿no es así?

—En efecto.

Los ojos de Jill empezaron a humedecerse.

—Entonces, lo importante es dominar a esos hombres. Luego habrá tiempo para aclarar muchas cosas.

—¿Y por qué no tomó el arma y luchó? — indagó ella.

—Por la sencilla razón de que no hubiese conseguido nada positivo. De esa forma moriríamos todos y la astronave estallaría como una bomba. Yo estoy seguro de que Basyl y los que haya con él no se entregarán, aunque vean las cosas perdidas.

—¿Y cuál es la mejor manera de solucionarlo?

—En principio, que me haga caso y razone sobre lo que le digo. Yo le prometo toda mi ayuda; no sólo por esto, sino por sus inquietudes particulares. ¿Accede?

Sin dudar, Jill asintió con un movimiento de cabeza. Sus delicados hombros estaban hundidos, como si ya lo tuviera todo perdido y sólo le quedaran las promesas de Keir.

Le tendió el arma.

—No, Jill; eso es precisamente lo que no debemos hacer.

—No le comprendo — respondió la joven, vivamente asombrada y sin comprender los planes del capitán.

—Hemos de quitarles las armas y reducirlos a la impotencia sin que ellos tengan ocasión de disparar o de poner en peligro la seguridad de la astronave.

—¿Cómo?

—Yo saldré de la cabina de mando.

—Lo matarán.

—Es un riesgo que debemos correr. Huggams sabe que sin mí no podrá llegar a la Tierra. Ya sé que son dementes, pero sólo hay esa posibilidad y estoy decidido a aprovecharla hasta donde pueda. Usted se quedará con mis hombres apuntándoles con el arma. Si volviera Basyl déle cualquier excusa; aunque no se la crea.

»Procuraré que, para entonces, sus fuerzas se encuentren mermadas —hizo una pausa, se volvió a Russ y añadió —: Procurad que no disparen contra el fuselaje de la nave. De hacerlo, volaríamos todos en pedazos.

CAPÍTULO VII

Basyl Huggams había reunido a una docena de dementes asesinos en el recodo de uno de los pasillos y les estaba dando instrucciones para cuando llegaran a la Tierra.

Sus compañeros le escuchaban embobados. Sus mentes no razonaban sobre aquellas palabras, pero les parecía que lo dicho por Basyl era algo así como una meta a la cual había que llegar luchando.

El pensamiento de destruir —ellos no pensaban en matar, sino en destrozar cosas— les enardecía de tal manera que sus bocas estaban abiertas, sus ojos brillantes y sus respiraciones alteradas por las promesas de vorágine que les hacía Huggams.

—Tenemos armas —decía el jefe...

—En la Tierra hay malos. Nos apresarán como las otras veces —respondió uno.

—En esta ocasión será diferente, porque podremos defendernos y hacerles frente... Tenemos rehenes para que nos dejen escapar.

—¿Y no serán un estorbo?

—En absoluto, cuando no nos sirvan, los mataremos y en paz.

Keir, pegado a la pared del pasillo, podía escuchar sus palabras y comprender su terrible significado.

La iluminación procedía de unas lámparas ocultas en el techo. No podía permanecer indefinidamente allí porque le verían. Tenía que buscar la manera de desarmarlos.

Sabía perfectamente que un demente enfurecido multiplicaba sus fuerzas de una forma casi inimaginable.

¡Los riesgos eran muchos!

Sin embargo, la mayoría de los enfermos rondaban por la nave observándola extasiados y sin gestos belicosos.

El peligro estaba en aquella docena reunida por Huggams.

En la astronave había seis armas, menos una que tenía Jill, quedaban en cinco.

Tenía que apoderarse de ellas antes de que pudieran hacer un solo disparo.

Observó que, en la pared de enfrente, las tuberías de la ventilación formaban como un pequeño hueco en el que la luz era

muy escasa. Dio un salto y se refugió allí.

Siguió escuchando a los otros.

—Hay que buscar a más como nosotros, que estén decididos a todo por conseguir la libertad que nos han arrebatado.

Unos gruñidos y siseos fueron las respuestas.

—Tú, Oscar, volverás a la cabina de mando y no perderás de vista a la tripulación. Pero no mates al capitán... ¿Entendido?

—Sí, Basyl.

Todos se pusieron en marcha, alejándose hacia el lugar donde vigilaba Jill.

Las pisadas eran fuertes, como pertenecientes a un hombre pesado y bruto.

¡Entonces o nunca!

Keir sabía que el pasillo no comunicaba con el fuselaje exterior de la nave, como ocurría en la sala de control. Allí debía atacar.

Oscar pasó frente a él, llevando el arma sujeta con las dos manos y en actitud defensiva.

Keir se puso en pie y susurró:

—Oscar...

El gigante se sorprendió ante aquella voz y dio una media vuelta rapidísima.

El joven la esperaba y su pie derecho salió disparado hacia delante, a la altura de la cintura del otro y golpeó el brazo armado haciéndole perder la fatídica arma.

Oscar lo miró con ojos impregnados de un intenso odio y se quedó parado, sin comprender lo que Keir hacía allí.

Luego, soltó un rugido y quiso alcanzar el arma que yacía en el suelo. Pero el cuerpo del capitán se le vino encima y los dos rodaron en un confuso montón.

Oscar gruñía, bufaba como un toro y buscaba la manera de colocarse en buena posición para arremeter contra Keir y desnucarlo con sus poderosas manazas.

El joven hacía todo lo contrario: su afán era restarle movimientos y poder golpearle científicamente.

Sin embargo, Oscar logró aferrarle por el cuello y empezó a apretar.

La lucha era muy desigual.

¡Astucia contra brutalidad!

Keir consiguió ponerse de rodillas, quedando en posición más elevada que su contrario.

El dogal se cerró con más fuerza aún en torno a su cuello.

En décimas de segundo lo estrangularía, pues Oscar ya no recordaba la advertencia de mantener vivo al capitán hasta que llegasen a la Tierra y pudiesen salir de la nave.

Con sus últimas fuerzas, Wallack lanzó un uno—dos a la mandíbula del enfermo y las manos de éste se aflojaron.

Seguidamente, aprovechando la ocasión, los puños del capitán se clavaron despiadadamente en el estómago del gigante. Fueron una serie de golpes seguidos, aunque el primero resultara el más efectivo.

Oscar acabó por soltar a Keir y rodar sobre sí mismo, aullando de dolor.

El joven sentía lástima de él, pero se veía obligado a golpearlo con más saña aún.

Con las dos manos tomó al demente por la túnica y lo hizo levantarse.

—Tranquilízate, Oscar… —siseó.

Sin embargo, mientras le hablaba con dulzura, le dio media vuelta.

Oscar se bamboleaba peligrosamente, al borde de la inconsciencia a causa de los golpes recibidos.

Keir apretó bien el puño, miró el estómago del otro con detenimiento, y volvió a lanzar un directo con todo el impulso de su cuerpo.

¡Por muy salvaje que pareciese, tenía que abatirlo de aquella manera, dejándolo sin sentido!

Wallack no se conformó con aquello y sus puños fueron hasta la mandíbula, castigándola de nuevo.

Oscar saltó hacia atrás y acabó por caer al suelo.

Keir suspiró y se pasó la mano por la sudorosa frente. Luego, casi al instante, se inclinó sobre el arma y la tomó con una mano, mientras con la otra aferraba un brazo del caído y lo arrastraba hacia la cabina de mando.

Esto le costó todavía más trabajo.

Sin embargo, tuvo la suerte de que Sargent le oyera acercarse y salió a su encuentro.

—Ayúdame, Russ.
—¿Lo ha derribado usted solo?
Sargent veía aquella gigantesca mole que debía pesar más de cien kilos de puro músculo y le parecía increíble que su capitán hubiera podido vencerlo.
—Sí, pero me ha costado lo mío...
Entre ambos arrastraron el cuerpo hasta la cabina y lo dejaron en el centro de ella.
Jill Craig los miró asombrada y calló.
—Lo esconderemos aquí — ordenó Keir.
Dos tripulantes más se acercaron, para esconder el cuerpo de Oscar en un ángulo muerto de la estancia.
Más tarde, el joven entregó el arma a Russ y dijo:
—Hazla desaparecer.
—¿Cómo?
—Tírala al espacio.
Russ, mudo de asombro, fue hasta el fuselaje y abrió lo que parecía la tapa de una pequeña caja oculta. Introdujo en ella el arma y luego fue al tablero de mandos y accionó un conmutador.
Al instante, aunque no lo vieron, se abriría un orificio en la parte exterior de la nave y el objeto saldría al espacio y desaparecería.
—Ya está, capitán.
—Bien, ahora sólo nos quedan cuatro armas por rescatar.
—¿Y luego?
—Habrá que esperar a que ellos pasen al ataque; entonces, usaremos los puños.
—¿Cree que venceremos? Ellos son muchos..., y peligrosos.
—No sé. El tiempo lo dirá.
—Es muy difícil que lo logre — manifestó Jill.
Keir la miró, contento de que hubiese hablado, y respondió:
—Por lo menos, lo intentaremos. ¿Cómo se encuentra?
—Bien.
Las miradas de los dos jóvenes se cruzaron con maravilloso deleite. Sí, Keir no había mentido en absoluto al decir que le gustaba.
Y a ella no parecía desagradarle su mirada.
—¿No teme que esos locos se den cuenta de que los ha traicionado e intenten matarla?

—No.
—¿Por qué no me dice los motivos?
—Se lo diré cuando hayamos llegado a la Tierra…, si llegamos.
—Lo haremos, Jill.
Keir hablaba con una seguridad desbordante en sus palabras.
—¿No quiere mi arma?
—Sí, démela para descargarla.
Ella obedeció y Keir manipuló en el arma hasta que una veintena de bolitas casi invisibles cayeron sobre la palma de su mano derecha.
¡Aquellos insignificantes proyectiles tenían un poder destructivo espeluznante!
—Toma, Russ.
El aludido se acercó y tomó aquellas extrañas balas. Luego, al tiempo que el tripulante se deshacía de ellas por el mismo procedimiento anterior, Keir devolvió el arma a la muchacha.
—¿He de seguir fingiendo?
—Sí —añadió él—. No puedo asegurarle en qué acabará todo esto, pero sí quiero que sepa que no mentía al decirle que me gustaba.
—Le creo, Keir.
—Gracias…
Fue a decir algo más, pero recordó que no había comprobado el rumbo de la astronave hacía rato y se separó de ella.
¡De no estar sus hombres allí la hubiese besado!
En pocos segundos corrigió la trayectoria que llevaban y fijó el piloto automático.
Al echar un vistazo al cuadro de mandos, vio en el radar unos puntitos, que se mantenían siempre a la misma distancia.
Eran las naves de la Policía Espacial.
Sin embargo, todo cuanto hiciesen resultaría inútil mientras los enfermos capitaneados por Basyl siguiesen poseyendo las armas.
Keir pensaba en repetir la treta que había empleado con Oscar, pero sabía que no siempre iba a tener la misma suerte, además de que corrían el riesgo de que Basyl apareciese en la cabina de mandos.
Cualquier detalle que lo hiciera enfurecer le obligaría a disparar, sembrando la destrucción general.

De pronto se le ocurrió una idea por si su plan de desarmarlos le fallaba. Sin pensarlo dos veces, empezó a comunicarse en clave con las astronaves de la Policía.

Sargent se le había acercado y observaba sus manejos en completo silencio.

Keir se levantó, fue hacia una calculadora electrónica y trabajó en ella hasta conseguir una respuesta.

¡Precisamente la que él deseaba!

—No temas, Russ.

—¿Ya no vamos a Sydney?

—No.

—Entonces, ¿a dónde?

—Al Pacífico Si todo sale como pienso, lograremos hacernos dueños de la situación.

—¿Y si algo falla?

—Moriremos todos.

Ninguno de los tripulantes ni Jill respondieron a las concisas palabras de Keir. Confiaban en él, pero no pudieron evitar que un estremecimiento les recorriese la columna vertebral.

—Es innecesario. Nos basta con que hayan comprendido el mensaje y lo tengan todo preparado.

Russ se rascó el lóbulo de la oreja.

—Sigo sin comprender.

—Prefiero no decíroslo y así no pasaréis un mal rato.

—¿Tan descabellada es la idea?

—Más que todo eso.

—¿Y por qué la quiere poner en práctica?

—Por la sencilla razón de que no podemos continuar con este juego. Basyl acabaría descubriéndonos y su furor le haría destruir sin mesura, incluso él mismo se mataría.

—Ya...

¡Pero la verdad era que Russ no comprendía una sola palabra en lo referente a la idea de Keir!

Éste se dispuso a salir de la cabina, pero antes se acercó a donde se encontraba la joven.

Ambos se miraron.

—Jill...

La muchacha pareció dudar unos segundos, pero acabó

lanzándose a los brazos del capitán.

Luego, sus labios se unieron en un apasionado beso. En aquel espacio de tiempo apenas perceptible y que para ellos fue una eternidad, los dos olvidaron las angustias del momento y el peligro que se cernía sobre ellos.

Después, por la misma atracción que los había unido, se separaron.

Wallack le acarició el rostro; acto seguido dio media vuelta y se alejó, en dirección a los pasillos de la astronave por los que circulaban los dementes inofensivos.

Se preguntó en qué lugar se encontrarían los peligrosos.

Le asombraba y al mismo tiempo le aterraba ver a aquellos hombres que parecían muñecos desarticulados.

¡Como si la nave estuviese poseída por el diablo y allí hubieran de ocurrir las cosas más extrañas!

Una mujer de unos treinta años, con los cabellos despeinados, se encaró con él:

—¿Cuándo se cena?

Keir se mordió un labio.

— Pronto —contestó.

Y se alejó de allí.

Soltó un taco de rabia. ¡Si fuesen asesinos normales podrían luchar a muerte!

Pero no, en aquella situación ni podía matar, ni tampoco dejar que lo hiciesen ellos.

¡Era el problema más extraño y peligroso con que se había enfrentado en su vida de cosmonauta!

¿Y Jill Craig?

También la muchacha le preocupaba. No creía que ella fuese una demente como todo lo hacía pensar. En sus palabras había un algo inexplicable, pero que no podía precisar.

¿Sería víctima de una confabulación?

¿O acaso era de verdad una enferma?

El último pensamiento le encogió el corazón. Se dijo que no debía pensar en ello en aquellos instantes de peligro y siguió avanzando.

De repente, un hombre armado con una de las armas de la nave surgió ante él y le miró asombrado.

Keir avanzó dos pasos y se puso a su alcance.

Ninguno de los dos habló.

El joven esperaba que el otro actuase primero, para saber sus propósitos y adoptar una actitud.

El hombre parpadeó y aún sonrió casi con alegría.

Keir, con la mano izquierda, dio un manotazo al arma que el otro quería poner en posición de disparo, y con la otra le propinó un puñetazo en el cuello.

Ante la sorpresa de Wallack, el demente soltó el arma y retrocedió asustado, con el miedo reflejado en el rostro.

Keir suspiró. Tomó al hombre por la túnica blanca y tiró de él como si fuera un animal doméstico.

El hombre temblaba de pies a cabeza.

Wallack le infundía un despiadado terror.

El joven se arrepintió de haberle golpeado...

«¡Al diablo con todo, yo no soy médico!» —refunfuñó para sí mismo, sin saber qué otra cosa hacer.

Pero no todo iba a resultarle tan sencillo como él esperaba.

Sintió pasos tras él, quiso volverse y no llegó a conseguirlo. Un objeto duro y contundente se abatió sobre su cráneo.

Tuvo la impresión de que el suelo subía hacia él a una velocidad vertiginosa y trató de protegerse con las manos instintivamente, salvando así su físico.

—¡Le avisé! —exclamó Basyl a su espalda.

Unas voces gritaron. Las oyó como algo muy lejano, infinitamente lejano, pero que penetraba en su cerebro con la fuerza y virulencia de una explosión de cañón.

—¡No lo matéis...! ¡A ése nos interesa mantenerlo vivo para que nos lleve a la Tierra! ¿O no queréis la libertad?

—¡¡Sí!!

La contestación fue unánime.

Keir, sumido en las brumas de la semiinconsciencia, comprendió que Basyl había reunido más hombres.

¡Huggams se estaba volviendo demasiado peligroso!

La única esperanza de seguir viviendo era que el demente lo necesitaba para alcanzar la Tierra.

—¡Levantadlo!

Numerosas manos lo aferraron por piernas y brazos y se vio izado en vilo. La cabeza le daba vueltas; a su alrededor todo giraba como

una noria enloquecida.
—¡Seguidme!
Cerró los ojos y todo siguió girando.
Los ojos parecían estar a punto de saltarle de las órbitas. El estómago no cesaba de revolvérsele y las náuseas se sucedían sin descanso. El golpe recibido debió de ser brutal.
Sintió, deseos de enfrentarse a ellos, de luchar a muerte.
Sin embargo, no perdió la serenidad y se dejó llevar hacia la cabina de mando. En el camino, la mente se le despejó un tanto y fue recibiendo la visión.
Basyl Huggams marchaba en primer lugar, seguido de sus incondicionales, éstos enardecidos como guerreros después de una victoria de sangre y fuego sobre el enemigo.
—¡Al suelo!
Los ocho o diez sujetos que lo llevaban en el aire lo soltaron repentinamente, pero el golpe fue previsto por Keir y apenas si lo notó.
Se levantó por sus propios medios.
La cabina de mandos estaba abarrotada, pero Basil llevaba la voz cantante y, gracias a Dios, todavía no habían descubierto el cuerpo sin conocimiento de Oscar.
Jill, espantada, tenía los ojos puestos en Keir. No obstante, comprendió que, si demostraba interés por él, despertaría las sospechas de Huggams y los demás.
Se entendieron con la mirada.
—Veamos, capitán... ¿No le dije que no intentara oponerse a mis planes?
Wallack se llevó la mano derecha al lugar donde había recibido el terrible golpe y contestó:
—¿No pensaría que le iba a hacer caso? Reconozco que he perdido, pero mi deber era hacer algo y lo he cumplido.
—Ya veo... ¡Es usted un valiente!
—Tampoco.
Basyl, engreído por lo que su enferma mentalidad suponía una proeza, rió con sarcasmo. ¡Y los que estaban con él también rieron imitándole al igual que los animales!
—Va a pagar por ello —decidió Huggams.
—¿Qué va a hacerme?

—Mataré a sus compañeros para que le sirva de escarmiento.

El silencio se hizo ominoso.

CAPÍTULO VIII

—Se equivoca, Huggams.

—Ah, ¿lo cree usted así?

—En efecto. Si mata a mis hombres, destruiré la astronave y todos ustedes morirán.

—No será capaz de ello.

—Lo seré, Basyl.

Un clamor de protesta se levantó entre los dementes.

¡Ninguno quería morir!

—¿Cómo piensa conseguirlo?

—Me basta con no tocar los mandos. La nave se estrellaría contra la Tierra y ya puede imaginarse con qué resultados.

Basyl se situó frente a los mandos y pasó la palma de una mano sobre ellos, acariciándolos con suavidad.

¡Cuánto daría él por poder manejarlos y librarse así de la presencia de Keir y los demás tripulantes, que ya estaban empezando a hartarle con su simple presencia!

Se volvió a Wallack con un gesto brusco.

—¡Está bien, no los mataré!

Keir no respondió.

—Pero lo haré si intentan jugarme otra mala pasada. Recuerde que siempre estaré a tiempo de disparar el arma o solamente ordenar que lo hagan por mí.

—¿Cumplirá su promesa de respetarnos cuando lleguemos a la Tierra? —Preguntó el joven, ahora.

—Sí, desde luego.

La verdad era que no pensaba hacerlo.

—Entonces no discutamos más. Cada cual que cumpla su palabra.

—Bien… Pero, dígame, ¿qué hora será cuando aterricemos?

—Medianoche, aproximadamente.

—Estupendo.

—¿Piensa ampararse en la oscuridad?

—Es posible. ¿Cuánto falta?

—Pocos minutos.

Keir estaba siguiendo su plan al pie de la letra, confiando en lo que él había pensado y también en la rapidez de acción de los

agentes de la Policía Espacial.

¡En ellos recaía una buena parte del éxito!

El capitán había planeado una lucha, pero en unas condiciones que ninguno de los reunidos podía imaginar.

Sus ojos fueron hasta Sargent y cruzaron una mirada de inteligencia, de complicidad. Russ llegó a la conclusión de que, en el momento en que el joven lo anunciase, debían pasar al ataque.

Sargent veía ante sí a demasiados enemigos, pero tenía la esperanza de que Keir también se diese cuenta de ello y supiese arreglarlo de una forma muy disimulada.

—¿Por qué no protesta, Wallack? —inquirió Basyl.

—¿Por qué había de hacerlo? ¿Si lo hago dejará de apuntarme con el arma?

—No, claro que no.

—¿Entonces?

—Algo me dice que usted no parará hasta buscarle los tres pies al gato, Wallack. Y sentiría que fuera antes de acabar nuestro pacto… ¡Lo mataría! ¿Me cree?

—Sí.

—Eso me agrada.

—¿No le parece que podía mandar salir de aquí a los hombres que no necesite? La astronave está demasiado cargada en la proa y se hace difícil maniobrar en estas circunstancias.

—Como quiera.

Basyl había asentido a su petición, pero ello no implicaba que lo creyese.

—Fuera los que no estén armados —gritó.

Salieron todos menos cuatro: Basyl y tres más.

Estos se situaron frente a los tripulantes y les encañonaron fieramente.

—Si los mata no llegaremos a la Tierra —intervino Jill, que también tenía el arma en las manos y continuaba fingiendo a las mil maravillas.

—Lo sé —le replicó el hombre.

—Cuidado, vamos a entrar en la atmósfera terrestre. Procuren agarrarse a algún saliente o, de lo contrario, caerán a tierra. No me gustaría morir por una equivocación.

Basyl sonrió ante lo dicho por Keir y se colocó cerca de donde

estaba Jill, pero sujeto a una máquina computadora con una sola mano. Con la que le quedaba libre empuñaba el arma y seguía apuntando a Wallack.

Los demás también se preocuparon de asirse a algún sitio.

Jill Craig corrió hasta el asiento que había pertenecido a Kruger y se colocó en él, «encañonando» a Keir.

Sargent miraba con un ojo en espera de la señal del capitán y con el otro vigilaba las reacciones de tres individuos que tenían frente a ellos.

Sus compañeros le seguirían en cuanto él se lanzase al ataque.

¡A vida o muerte cuando Keir diese el aviso!

Bruscamente, todo se movió en el interior de la cabina y las personas allí reunidas se vieron zarandeadas en todas direcciones.

Las vibraciones duraron muy poco, escasos segundos.

Luego todo volvió a la normalidad.

Cada cual tenía sus propios pensamientos, aunque las incertidumbres fuesen las mismas. Dos personas, Russ y Jill, tenían puesta su entera confianza en el joven.

¡Y éste sólo pensaba en que la policía hubiese captado bien su mensaje y lo tuviesen todo preparado!

Si Russ Sargent supiese lo que Wallack se proponía, quizá la mayor parte de aquella confianza se esfumase como por arte de magia. Era mejor que ni siquiera llegase a suponerlo.

—¿Dónde nos encontramos? —indagó Basyl.

—Sobre Europa Central.

—¿Cómo puede ver el lugar en la oscuridad?

—Los ojos humanos no hacen falta para calcular el punto de aterrizaje; basta con las computadoras y comprobar que la fuerza de atracción no nos desvíe.

—Ya comprendo. Necesito que lo haga en un lugar desierto, pero no demasiado alejado de los suburbios de Sydney.

—Está bien — replicó Keir de mala gana.

—No se enfade, Wallack. Ya supongo que nos habrán detectado y la policía estará pendiente de nuestra caída, ¿no es así?

—¡Ja, ja, ja, ja…!

—¿De qué se ríe?

—¡Los muy estúpidos no tendrán tiempo de buscarnos! ¡Cuando se acerquen a la astronave, nosotros ya estaremos muy lejos,

perdidos entre las gentes de Sydney!

—Parece estar muy seguro de sí mismo.

—¡Lo estoy! Todas las cosas que yo hago son perfectas. Sólo me atraparon una vez y fue para mandarme a aquella cárcel de hielo, pero ahora ya conozco el truco y será muy diferente... El tiempo justo de encontrar a Gina y escondemos...

—¿Quién es Gina?

—¡A usted no le importa!

—Lo siento.

—No mienta... ¡También usted se alegra de que nos separaran!

—Yo no sé nada de su vida particular, Basyl. Jamás lo había visto antes de ahora y no pienso preocuparme de usted. Una vez en la Tierra, ya se encargará la policía de encontrarlo.

—¡Jamás!

—Ha matado, Huggams... ¿No lo recuerda?

—Sí, es verdad. Pero ellos se interponían en mis planes y la misma suerte correrán todos aquellos que intenten detenerme...

«¡Yo soy perfecto!»

—Así jamás verá a su Gina.

—¡Calle, capitán, o me olvidaré de que tripula esta nave!

Basyl Huggams gritaba como un demente — lo que era en realidad— y su rostro aparecía cubierto por el sudor. Los ojos los tenía inyectados en sangre y giraban en las órbitas enfebrecidos.

Keir buscaba aquello precisamente: enfurecerlo para que se le acercase todo lo posible y así tenerlo más a mano... ¡Porque el momento preciso estaba a punto de llegar!

—Ahora ya está muy cerca de ella.

—¡Cierre su sucia boca, Wallack!

El aludido tragó saliva para soportar el insulto y se mantuvo en sus trece.

—Venga... Por las mirillas podrá ver Sydney. Y quizás a su Gina.

—¡No la nombre!

El arma temblaba en las manos del loco y su cañón se dirigía en línea recta hacia la cabeza del joven. Un disparo y ésta desaparecería.

—¿Es bella, Basyl?

Huggams empezó a caminar hacia él.

—Se empeña en morir, capitán...

—No es cierto. Yo únicamente le invito a que vea Sydney y compruebe que no ha cambiado en absoluto.

—En cuanto pare esta máquina voladora lo mataré... ¡Destruiré su cuerpo hasta que no quede ni los huesos!

Mientras hablaba, Basyl seguía avanzando, aunque muy lentamente.

Keir no supo apreciar el límite de aguante de su contrario, pero debía arriesgarse y continuar.

¡Faltaban segundos!

Una décima de retraso o de adelanto y todo se vendría por tierra. Lo primero que ocurriría sería su propia muerte y después las de sus compañeros.

El sudor empezó a brotar del cuerpo del capitán.

—Prometió cumplir una palabra, Basyl.

—¿Está cavando su propia tumba, capitán?

—Las luces de Sydney son las más bonitas del mundo, incluso de cualquier planeta del sistema. ¿Quizás una de esas luces se refleje sobre una mujer llamada Gina, Huggams?

—¡No aguanto más...!

¡Y Basyl fue a disparar!

¡Pero en aquel preciso segundo ocurrieron varias cosas que sólo Wallack esperaba!

La astronave pareció entrar en colisión con una montaña de roca y las personas, dementes y cuerdos por igual, saltaron de sus puestos con una violencia terrible, inesperada.

Se oyó un trueno espantoso. Los sistemas electrónicos de la nave sufrieron un cortocircuito y se encendieron decenas de pequeñas llamaradas que proporcionaron más dramatismo a la escena.

¡Sonó el estallido de un arma, la de Basyl!

Pero Keir ya no estaba en el mismo sitio. Había saltado de su asiento y caído sobre el suelo de la cabina.

El proyectil estalló en el techo.

¡Hierros y cables saltaron convertidos en añicos!

—¡Maldito! — rugió Huggams.

—¡Cuidado, Jill_! ¡A cubierto!

El aviso provino de la garganta de Wallack.

Había llegado el momento decisivo. Ahora ya no importaba que los dementes disparasen contra el fuselaje.

Todo había salido según lo previsto por el joven.

Quizás ellos muriesen, pero los enfermos no sembrarían el terror entre las gentes pacíficas de ninguna ciudad.

Jill Craig también cayó de su asiento y, al escuchar las voces de Kein, se protegió debajo del mismo y cerca del tablero de mandos.

La iluminación había quedado reducida a la mitad.

Tambaleándose, ciego por la furia, Basyl se había puesto en pie y buscaba a Wallack para disparar sobre él.

Sin embargo, algo así como un tornado con figura humana se abalanzó sobre sus piernas, derribándolo cuan largo era. Sin embargo, aún pudo efectuar un nuevo disparo.

— ¡Maldito Wallack! —insistía.

Pero Wallack ya estaba sobre él.

A la difusa luz, los dos hombres forcejearon brutalmente. Tal y como había pensado Keir, Basyl no se daría por vencido jamás. Estaba enfermo y aquello le proporcionaba mucha más fuerza aún.

¡Ahora su instinto era matar!

Lo que parecían movimientos sísmicos dentro de la astronave habían cesado y sólo se oía el ruido de lucha.

Sargent y los demás también se habían enzarzado en una cruel lucha con los otros enfermos, a los que habían desarmado cuando todo tembló alrededor de ellos.

Keir y sus hombres eran superiores en número, pero los otros se debatían con una terrible ferocidad.

¡Empleaban pies y manos, a mordiscos incluso!

Sólo aquellos que se han enfrentado con personas en estado demencial saben con exactitud lo que en realidad cuesta reducirlos a la impotencia por medio de la fuerza.

Jill se mordía los labios y miraba en torno suyo sin saber qué hacer y temiendo que todo tuviese un final trágico.

De pronto sus ojos fueron hasta las ventanillas y de su garganta salió un grito de infrahumano horror.

¡Acababa de ver un grupo de peces que huían de la luz de la astronave!

¡Estaban en el mar!

¿No sería aquello una pesadilla?

* * *

—Ese hombre está más loco que los que lleva en su vehículo —protestó el teniente de la policía terrestre.

Lo dijo para sí mismo, porque ninguno de los hombres que tenía delante daba la impresión de escucharle. Eran tres y todos con auriculares en la cabeza.

—¿Algún mensaje? —preguntó el oficial.

—No, señor.

—¡Está rematadamente loco! —volvió a repetir en voz alta, al tiempo que se golpeaba las rodillas.

—¡Entra en la atmósfera, teniente! —aulló con voz chirriante uno de los operadores de radio.

—¿Dónde?

—Sobre Europa Central.

—¡Si se salva habrá que encerrarlo!

—¡Viene hacia aquí, teniente!

El aludido dejó de protestar contra la persona de Keir Wallack y puso toda su atención en las noticias que pronto empezarían a comunicar los tres hombres encargados de seguir la trayectoria de la astronave.

Hacía poco que recibieran un mensaje de la Policía Espacial comunicando todo cuanto había dicho Wallack desde el espacio y tuvieron que correr mucho para preparar lo necesario.

El teniente refunfuñaba porque lo que Keir había pedido era una locura que a nadie con sentido se le podía ocurrir…

¡Mandó los datos del lugar exacto donde pensaba caer y este punto estaba en un banco de arena en pleno Pacífico!

¡Una astronave aterrizando en el océano!

Ahora la policía tenía preparadas dos potentes grúas para rescatar el vehículo espacial y sacarlo a flote antes de que el agua inundase su interior.

El teniente no podía adivinar que aquélla era la única forma de que los enfermos no pudiesen escapar.

Wallack había contado con el factor sorpresa que se produciría cuando la astronave temblase al caer en el océano y con que la policía tuviese tiempo de sacarlos sin exponerse al riesgo de que alguno de los dementes escapase, cosa imposible en pleno mar.

¡Con ello evitaba los peligros que hubieran supuesto Basyl y los demás, pero también acentuaba el de morir todos allí!

Tal y como estaba sucediendo...

—Hacia aquí, teniente.

—¿Línea recta?

—En efecto... Unos cinco minutos y entrará en colisión.

—¡Se hará pedazos el muy loco!

Otro de los agentes, sin volver la cabeza, comunicó:

—Está situando la astronave en posición inclinada. Debe de ser para que el golpe no resulte tan fuerte.

—¿Tiempo?

—Cuatro minutos, doce segundos, teniente...

—Martínez, avise a la otra grúa para que esté atenta a las órdenes que le enviemos. Podría ser que ese Wallack chocara contra uno de nosotros — ordenó el oficial.

—Sí, teniente.

—Tres minutos...

—Dos minutos, treinta segundos.

—¿Sigue la misma dirección?

—Idéntica, señor.

—Dos minutos.

—En cuanto llegue a cero, deseo que desciendan las grúas, ¿entendido?

—Sí, señor.

—¡Un minuto justo!

Uno de los encargados de seguir el vehículo de Keir estaba en constante comunicación con la otra grúa e iba repitiendo las palabras de sus compañeros y las órdenes que impartía el intranquilo teniente.

—¡Diez segundos!

—¿Mismo rumbo?

—Sí, teniente.

—¡Inmersión!

El grito del oficial casi se confundió con el rugido de uno de los «escuchas» al advertir cero segundos.

Las órdenes fueron tan rápidas como los movimientos de los hombres que debían ejecutarlas.

Las dos grúas al mismo tiempo emprendieron la carrera hacia el fondo del océano, en aquel punto a unos veinte metros, y unos focos de luz potentísima empezaron a rastrear las profundidades en busca

de la astronave invadida por locos y mandada por un loco, según decía el teniente.

Ambas máquinas, separadas por una franja de agua de unos quinientos metros, disminuyeron la distancia que las separaba y descendieron.

Unos brazos mecánicos y rectos como espadas salieron de sus fondos y comenzaron a estirarse como los tentáculos de un pulpo gigantesco.

—¡La han encontrado, teniente!

—¿Dónde?

—Debajo de nosotros...

—¡Quince metros a la derecha! —bramó el policía.

La grúa se desplazó hacia el punto ordenado. Las dotaciones de las grúas obedecían con precisión, aleccionadas por el mismo teniente un par de horas antes.

Luego siguieron descendiendo, y no habían pasado treinta segundos cuando la forma alargada de la astronave apareció ante ellos. Los focos de las grúas la iluminaron.

El teniente se acercó a las ventanillas y desde allí empezó a dirigir la maniobra de rescate.

—¡Desplegad los «brazos» a tope!

Los estiletes de acero se clavaron en la arena y empezaron a colocarse debajo de la nave. Según los cálculos, debían llegar hasta el otro extremo y los de la otra grúa hasta éste.

El teniente esperó a ver surgir frente a él las puntas de acero del artefacto situado en el otro extremo.

Éstas surgieron arañando el fondo del mar.

—¡Comuniquen a la otra grúa que va a empezar la cuenta de los diez segundos!

—Sí, teniente.

—¡Que se preparen los grupos de rescate!

Los hombres situados ante la emisora no cesaban de hablar y escuchar las voces de sus interlocutores. Uno, el que estaba en relación constante con el segundo aparato de recogida, se cuidaba únicamente de transmitir las órdenes del teniente.

El oficial empezó a contar y él fue repitiendo los números.

De pronto, las grúas se pusieron en acción y empezaron a emerger.

CAPÍTULO IX

En el interior de la cabina de mando, la lucha continuaba sin decidirse por ninguno de los dos bandos.

Era titánica, feroz. Keir tenía que conformarse con mantener a Basyl a raya, pues éste poseía las fuerzas de un coloso; más que fuerza era nervio, pero con un vigor tal que resultaba casi imposible mantenerle a distancia y así evitar parte de su peligrosidad.

Huggams buscaba los lugares donde podía ocasionar la muerte. Todo su afán era aquél...

¡Matar!

—¡El arma, Jill! —vociferó Keir en un momento de respiro.

La joven salió del asiento, se inclinó sobre el artefacto de muerte y lo aferró.

Basyl, ciego de furia y locura, arremetió contra Keir y logró abrazarlo.

—¡Te mataré! —rugía.

Wallack notó un agudo dolor en el pecho, aunque pudo colocar las manos en la mandíbula del enfermo, comenzando a separarle con fuerza, con el pensamiento de que aquélla sería su última oportunidad.

Huggams parecía no sentir el dolor que le producía el tener que echar la cabeza hacia atrás de forma violenta y seguía apretando alrededor de la caja torácica del capitán.

— ¡Subimos! — gritó Jill.

Ninguno de los hombres la oyó.

Los dos principales jadeaban y aguantaban como fieras.

¡El que más resistiese vencería!

Keir llenó sus pulmones con todo el aire posible y se dispuso a la última carga.

¡Ahora o nunca!

Basyl tuvo que apartar la cabeza aún más porque, de lo contrario, el joven lo desnucaría.

¡Y aquella vacilación la aprovechó Keir para darle un brutal empellón y obligarle a soltarlo!

Huggams soltó un berrido y trastabilló, acabando por caer al suelo de la cabina. Pero, sacando fuerzas de su propia locura, se

puso en pie y volvió al ataque.

Keir, agachado, lo vio venir con ánimo de destrozarle el estómago en una salvaje embestida, y en el último instante lo eludió ladeándose.

Su brazo se levantó como un rayo y el canto de su mano golpeó por detrás de una oreja a Huggams.

El loco pareció desinflarse instantáneamente. Su cuerpo quedó fláccido y se desplomó de bruces en el suelo, donde quedó inerte, como muerto.

Sin perder un solo segundo, el joven se volvió hacia sus hombres. Rápidamente se hizo cargo de la situación.

Vio a Russ tendido en el suelo y recibiendo patadas de uno de los enfermos. Los demás no lo estaban pasando mejor, ya que habían sido arrinconados y miraban, aterrados, a los dos tipos que babeaban como bestias hambrientas y con ansias de sangre.

¡No se les podía echar nada en cara!

¡Aquello era una locura! ¡Hombres que recibían cientos de golpes y continuaban no luchando, sino mordiendo, pataleando sin coherencia alguna, ciegos por la locura!

Era demasiado inhumano.

Keir dio un salto y se abalanzó sobre el que estaba más cercano a él.

Ambos rodaron por tierra.

Wallack procuraba colocar sus puños en los mentones o en el pecho, en sitios vulnerables, pero no mortales como podían ser la nuca o las sienes.

Sin embargo, si los locos dominaban la situación, ya podía contar con que de ellos no dejarían más que una masa sanguinolenta, informe, sin rastro alguno de que hubiesen pertenecido a seres humanos.

La furia implacable de la demencia estaba desatada y sólo otra fuerza más brutal aún podía detenerla.

Keir, sangrando por una herida recibida en la mejilla izquierda, consiguió golpear a su oponente en el estómago. Lo hizo volcando todo el peso de su cuerpo en el golpe.

El demente no resistió más.

Abrió la boca con un gesto agónico y perdió el conocimiento.

—¡Ya son nuestros! —gritó Wallack.

En aquel instante, un griterío ensordecedor resonó en el interior de la astronave.

Eran chillidos infrahumanos, impregnados de terror y delirio de muerte.

Un tropel de enfermos penetró en la cabina.

Keir los vio; eran los dementes pacíficos, que se asustaban ante la presencia de la policía terrestre. Dejó que sus hombres se las entendieran con los dos últimos que quedaban luchando y, a empellones, consiguió abrirse paso entre la muchedumbre y salir.

No sentía miedo por Jill, ya que ninguno de los que ahora gritaban se atrevería a luchar.

Sus ojos vieron que el pasillo estaba mojado y que el agua, a una altura de un par de centímetros, avanzaba rápidamente. Aquello había provocado el pánico.

¡Y también significaba que la policía había abierto las escotillas!

Un grupo de míos seis o siete hombres, vestidos con trajes de goma, apareció ante él. En las manos traían agujas hipodérmicas, quizá con algún sedante para inyectar a los enfermos.

—Soy el capitán Wallack —dijo el joven.

Los hombres sonrieron.

—¿Están bien? —preguntó uno de ellos.

—Estupendamente.

—¡Diablos, lo que ha intentado usted no lo había pensado nadie antes de ahora!

—Gracias, muchachos... Venid conmigo.

Sin embargo, Wallack se detuvo y lo pensó mejor. Si los enfermos veían entrar a aquellos hombres vestidos de negro, serían capaces de morir de un colapso.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Esperen. Será mejor que me adelante solo. ¿Intentan ustedes adormecerlos?

—Sí.

—¿Para cuántos es cada dosis?

—Una veintena más o menos.

—Déme una. Hay unos pocos que son peligrosos.

—Ya hemos visto que corrían. No sabemos si era por nosotros o por el agua que ha penetrado en la nave al abrir las escotillas.

—Por ambas cosas.

Keir tomó la jeringuilla y procuró ocultarla lo mejor posible.

—¿Le seguimos?

—Esperen un par de minutos. Mientras, despójense de los trajes. Estas gentes son muy extrañas.

Enseguida, Wallack se alejó.

El pánico crecía por momentos y estaba adquiriendo caracteres indescriptibles. En la cabina de mando los enfermos se apretujaban unos contra otros con la desesperación de quien se sabe a punto de morir.

—Jill...

La muchacha avanzó hacia él al oír su voz y ambos se abrazaron. Ella temblaba como un animal indefenso, y Keir la rodeó con sus brazos para calmarla.

—Ven, ayúdame.

—¿Qué vas a hacer?

—La policía ha entrado en la nave y tengo una jeringuilla con un sedante para Basyl y unos cuantos más.

Ella se apretó contra su pecho, más temerosa aún.

—¿De qué tienes miedo, Jill?

—De la policía...

—No te preocupes. Confía en mí.

La obligó a caminar y se acercaron adonde los tripulantes mantenían a los dos enfermos en tierra y se esforzaban por sujetarles piernas y brazos para que no se pusieran en pie.

—Súbele una manga —pidió Keir.

La muchacha obedeció y Keir logró clavarle la aguja. Al instante el hombre quedaba completamente tranquilo y caía en un sueño sosegado.

Más tarde, Jill y Wallack repitieron la operación con Huggams y los demás que habían estado peleando, incluyendo a Oscar, el cual, cuando se acercaron a él, ya empezaba a recobrarse.

—¿Y ahora? —inquirió ella.

—Con los demás. Procura que no se den mucha cuenta...

—¡Oh, es horrible!

Tratando de no despertar más pánico aún, los dos jóvenes se aproximaban a los enfermos y les inyectaban sin que éstos se diesen cuenta de lo que les sucedía.

* * *

Una hora más tarde los agentes de la policía se habían hecho dueños de la situación, y todos los dementes, dormidos con sonrisas infantiles en sus labios, eran sacados de la astronave e instalados en unos platillos de transporte situados sobre las grúas.

Un teniente y dos agentes estaban registrando la nave hasta en los lugares más recónditos, pero no encontraron lo que buscaban.

—¡Es increíble!

—Lo siento, teniente, pero…

—¿Cómo se llama usted?

—Sargent, teniente; Russ Sargent.

—¿Y no sabe dónde diablos se ha metido su capitán?

—No, señor. Ya ve usted que llevamos más de media hora buscándolo sin resultado alguno —replicó el inquieto tripulante.

—¿Y no se le ocurre dónde pueda estar?

—Ni idea, teniente.

—¿Dónde estaba la última vez que lo vio?

—En la cabina, inyectando a los enfermos para que se calmasen antes de que entraran sus hombres, Desde entonces desapareció…

—¡Ese hombre es lo más extraño que he visto en mi vida! —aulló el policía, francamente desconcertado por las inexplicables reacciones de Keir Wallack.

—Él nos ha salvado, teniente. Para nosotros es un gran capitán —respondió Russ, defendiendo al ausente.

—¡Nadie lo niega!

—Habrá salido a la superficie.

—¿Acaso tiene alas y nada como los peces?

—Bueno, yo…

¡Pero Russ sí que sabía algo que no pensaba decir al policía!

Wallack, después de haber agotado el calmante con los sujetos más peligrosos, había tomado a Jill por un brazo y escapado los dos de la cabina de mando.

Ignoraba en qué forma había burlado a los agentes, pero sí sabía que su capitán tenía algo entre ceja y ceja y hasta que lo consiguiese no pararía. De ello estaba seguro.

—¡Es igual, déjelo!

—Seguramente estará fuera de la nave.

—Entonces saldremos a buscarlo.

Russ carraspeó.

—Teniente...

—¿Qué sucede?

—¿Se acuerda de los muertos de que les hablé? Están en nuestros alojamientos y convendría sacarlos de allí.

—¿Ahora?

—Cuanto antes mejor. Y sus hombres parecen muy atareados con el trabajo de sacar a tanta persona.

El teniente gruñó algo y, sin pensar que el propósito de Russ era el de hacerle perder tiempo, le siguió hasta el lugar donde reposaban los cuerpos de las seis primeras víctimas.

EPÍLOGO

La ciudad de Nueva York—6 era un centro residencial de medio millón de habitantes, con casas de una sola planta y separadas entre sí por anchas franjas de cuidados jardines.

El tráfico rodado había desaparecido muchos años atrás y ahora pequeños helicópteros a turbina recorrían enormes distancias en contados minutos.

Por ejemplo, una persona que trabajase en Nueva York—1 podía trasladarse a su domicilio en siete minutos y varios segundos.

En uno de aquellos helicópteros viajaban dos personas que parecían tener una prisa enorme por llegar a Nueva York—6.

Eran dos fugitivos que llevaban más de siete días huyendo de la policía terrestre.

—Es inútil, Keir... —susurró Jill.

La joven mostraba el cansancio y el insomnio reflejado en el rostro. Se esforzaba en disuadir a su acompañante para que se entregasen a los agentes que andaban tras sus huellas, pero él estaba decidido a seguir hasta el fin.

—Creo en tus palabras, Jill.

—No conseguirás nada en absoluto. No hay pruebas de que lo hiciera a propósito.

—Por lo menos, ese Edward saboreará mis puños. ¡Le haré decir la verdad, aunque tenga que matarlo!

Jill hundió la cabeza entre los hombros y ya no quiso discutir más con Wallack.

Al poco rato veían una enorme plaza, redonda y con el suelo de plancha de acero. Keir dirigió hacia allí el vehículo y aterrizó en el centro de ella.

Un hombre corrió a su encuentro en cuanto los motores del aparato hubieron cesado de rugir.

—¿De visita? —preguntó el hombre.

—Sí, tardaremos un par de horas en regresar.

—Para entonces tendrán listo el vehículo.

—Gracias.

Keir y Jill descendieron.

—Vamos —añadió él—; tú sabes el camino.

—Por aquí.

Salieron de la plaza y llegaron al lugar habitado. Por entre los jardines discurrían unas sillas de raíl individuales. Montaron en ellas y Jill abrió la marcha.

Eran muy fáciles de manejar y podían dejarse en cualquier parte, pues bastaba apartarlas a un lado del raíl general y volver a tomarlas siempre que las necesitasen.

Anduvieron en aquellos artefactos durante unos diez minutos y, al cabo de éstos, Jill se detuvo y apartó la silla.

Keir le imitó.

—¿Hemos llegado?

—Sí. Ésa es la casa...

Wallack vio una vivienda de una sola planta y a la que se llegaba por un estrecho pasillo entre la vegetación del jardín.

—Quédate aquí, Jill.

—¿Crees que es mejor así?

—Como quieras, Jill.

—Prefiero no separarme de ti.

—De acuerdo.

Keir la tomó por un brazo y caminaron por el sendero de piedra hasta lo que parecía la entrada de la vivienda. De pronto, en el instante en que el joven iba a llamar, la puerta se abrió.

Un hombre ataviado con el uniforme de la policía terrestre apareció ante ellos y les sonrió.

—Adelante, parejita.

Wallack no comprendía una sola palabra, pero entró en la casa sin que Jill se separase de él ni un solo segundo.

Llegaron a una estancia sumamente acogedora, en la que estaba otra persona más.

¡Russ Sargent!

—Hola, capitán...

—¿Qué haces aquí?

—Vine con el teniente... Bueno, me trajo él.

—¿El...?

Keir se volvió hacia el policía que les había abierto la puerta y vio que éste no cesaba de sonreír, al tiempo que se aproximaba a ellos con pasos lentos y tranquilos.

—¡Eh, amigo; no me gusta que se rían de mí! — protestó Wallack

envarándose.

—No se enfade, capitán Keir. Nos ha costado demasiado trabajo encontrarlo. Tuvimos suerte de que Sargent se decidiera a hablar a última hora y nos dijera algunas cosas.

—¿Qué cosas?

Russ, temeroso de la reacción de su capitán, se apresuró a contestar:

—Les dije que usted y la chica se habían escapado cuando todo ya estaba calmado en nuestra nave; decían tener algo muy importante que comunicarle, capitán.

—¿De qué se trata?

—Es respecto a Jill Craig —añadió el teniente.

Ella, sin pronunciar una palabra, se apretó más contra el brazo derecho de Wallack.

—No tema… Son buenas noticias.

—¡Explíquese! —apremió Keir.

—Bueno, la verdad es que se trata de algo muy embarazoso. —Se azoró el policía. Y añadió —: Señorita, su hermano murió hace tres meses en un accidente cuyas causas no se han aclarado todavía.

—¿Edward? —balbució ella.

—Sí. El caso quedó archivado; pero, después de lo ocurrido en el asteroide y la desagradable experiencia del capitán Wallack y su nave, nos vimos obligados a hacer unas cuantas averiguaciones…

—¡No le entiendo, teniente! —bramó Keir.

—Usted desapareció misteriosamente y, con la confesión de Russ al decimos que había huido con la señorita Jill, nos preguntamos los motivos que usted habría tenido para ello.

»Russ Sargent nos contó el comportamiento de Jill Craig durante la rebelión de los enfermos mentales y su creencia de que ella no estaba enferma como era de suponer.

»Ello nos obligó a buscar a Edward Craig y nos enteramos de la clase de muerte que había tenido. Decididos a ir más lejos, encontramos una mujer que había tenido relaciones amorosas con él y ésta nos contó lo que realmente había sucedido.

—¿Y qué sucedió?

—Cálmese, capitán…

Wallack ya sabía lo que el otro iba a decir a continuación, pero prefería escucharlo de los labios del policía, quien se puso a hablar

de nuevo, diciendo:

—Su hermano era un delincuente profesional y planeó un robo al Estado. Sin embargo, las leyes le obligaban a vivir en compañía de su hermana y él pensó que, tarde o temprano, ella se daría cuenta de sus propósitos y lo denunciaría.

»De ahí que pensara en eliminarla y para ello nada mejor que decir que estaba trastornada mentalmente. Un médico psiquiatra, cómplice suyo, certificó lo que él quería y la señorita Jill fue llevada al asteroide en cuestión.

—¿Y el robo?

—No llegó a efectuarse. Luego le entrarían remordimientos de conciencia y debió de pensar en suicidarse, que es lo que hemos sacado en conclusión de su accidente.

Jill, con los ojos anegados por las lágrimas, preguntó:

—¿Y esa mujer?

—Ella ha sido la que ha declarado todo cuanto sabía respecto a Edward. Ahora está detenida por complicidad…

El teniente empezó a carraspear, sin saber cómo disculparse ante tamaño error.

—En nombre de la policía terrestre… En fin, no sabe cuánto sentimos lo que le ha ocurrido, señorita Jill.

—No se preocupe, policía; ahora he encontrado algo que vale la pena —respondió Jill, elevando los ojos y mirando a Keir.

¡Un error que había tardado veinte años en aclararse!

Sin embargo, para Jill no habían transcurrido.

—¿Qué ha sido de Basyl Huggams y los demás? — inquirió Wallack.

—Ya han sido embarcados rumbo a Neptuno. Es de esperar que no vuelva a suceder una cosa semejante.

»Según los últimos informes que hemos recibido, un científico francés asegura haber descubierto algo verdaderamente sensacional en el cerebro humano.

—Sería curioso que dentro de unos meses me encontrara con Huggams y nos saludáramos como grandes amigos.

—¡Es muy probable, capitán!

Pero el capitán Wallack ya no estaba para más conversaciones. Ahora tenía «ciertas» obligaciones que cumplir.

¡Una de ellas besar a Jill!

Y Keir se dijo que, aunque no le hubiesen ordenado aquello, lo cumpliría con el mayor agrado del mundo.

Luego, mientras los dos jóvenes se unían en su caricia, Russ y el teniente se guiñaron un ojo y salieron al jardín, sonriéndose mutuamente y con gesto de complicidad.

Tras ellos quedaba el epílogo de una historia de peligro y demencia.

